



Núcleos antropológicos:

« Educación y Proyecto de Vida » esquema del n° 31

EL HOMBRE: SU IDENTIDAD Y SENTIDO. METAS DE MADUREZ

a) Interioridad

a.1. Conciencia. El hombre, presencia consciente y creadora; valorante y rectora: ubicarse y orientarse.

a.2. Libertad. El hombre, interioridad libre y responsable: conquistarse y gobernarse.

b) Encarnación

b.1. Corporeidad. El hombre en su condición corporal: aceptarse e integrarse.

b.2. Comunidad. El hombre en su condición comunitaria: comunión y participación.

c) Vocación

c.1. Misión existencial. El hombre, mundo de valores preferidos: proyectarse y donarse.

c.2. Compromiso trascendente. El hombre, vocación de encuentro con Dios: amor y santidad.

Magisterio Educativo de la Iglesia

1885 Inmortale Dei
1890 Sapientiae Christianae
1929 Divini Illius Magistri
1931 Non Abbiamo Bisogno
1937 Mit Brenender Sorge
1965 Gravissimum educationis momentum
1968 Documento de Medellín
1977 La Escuela Católica
1979 Documento de Puebla
1982 El laico católico en la escuela
1985 Educación y Proyecto de vida
1986 El Evangelio ante la crisis de la civilización
1987 Normas sobre la formación en los seminarios
1993 Preparación de los formadores de los seminarios
1988 Dimensión religiosa de la educación
1997 La Escuela católica en los umbrales del tercer milenio

Educación y Proyecto de Vida¹

Equipo Episcopal de Educación Católica Oficina del Libro C.E.A. 24 - julio – 1985

Introducción.

1. La vocación de servicio que hace a la Iglesia solidaria con las vicisitudes del hombre (Cf. GS. I; DP.

15 y 27), nos movió a tratar en los últimos documentos aquellas orientaciones fundamentales que deben presidir todo intento de renovar nuestra vida social y política. (Cf. ICN. 96 y 103). Queremos ahora continuar esa contribución buscando los modos concretos de hacerlas efectivas en nuestra realidad cultural. Por eso **abordamos el camino más eficaz para toda renovación seria y profunda: la educación.**

¹ Se trata de una versión literal extractada, observando la numeración se reconocen los puntos faltantes. Todas las **negritas** son nuestras.



1. Renovación, vida y esperanza

2. A la luz de aquellos documentos, la lectura de nuestra realidad argentina, aún la de esa realidad difícil y dolorosa que a menudo percibimos, la hacemos desde una perspectiva esperanzada. Fundamos esta esperanza en que la sociedad argentina "dispone de un temple moral" (DHC. 2) en el cual perviven valores tales como el sentido de familia, el respeto por lo religioso, el espíritu de apertura y acogida junto con un deseo de afirmación autóctona y de autonomía. Ha crecido y se ha extendido la capacidad de participación con sentido crítico y esfuerzo solidario. **Se hace cada vez más fuerte la conciencia de una necesidad de cambio hacia mayor madurez personal y comunitaria y el intento de asumir con responsabilidad nuestro futuro para darle al país el destino mejor que se merece.**

3. Si por momentos las presentes consideraciones hacen resaltar los riesgos, problemas y defectos que nos aquejan, no tiene esto un sentido de lamento, sino de convocatoria al desafío específico de la hora que nos toca vivir. Ese desafío consiste sin duda en salvar al hombre de la deshumanización, ayudarlo a encontrarse a sí mismo y a ubicarse frente a sus altos destinos, salvar la vida del deterioro y pérdida de calidad, rescatar los valores del espíritu de la esclavitud del materialismo y del hedonismo. Aludimos así al desafío que el mundo de hoy plantea a la educación para que llegue a ser aquella educación esencial y profunda que **apunta a la sabiduría de vida y sin la cual todas las perfecciones instrumentales del hombre pueden revertirse en contra del hombre mismo.** Nunca como hoy resulta verdad tan cierta y manifiesta, que el hombre se destruye físicamente porque no se construye moralmente. . . y aquella otra del Evangelio: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?". (Mt. 16, 16).

Indudablemente la educación encierra para el hombre la ansiada clave que le permite vivir en plenitud porque le brinda la capacidad profunda de **autoconducir su vida hacia un horizonte que le de sentido.**

Constituye, por lo tanto, el campo prioritario donde juega su felicidad y los valores supremos de su existencia.

Parte I. El Quehacer Educativo.

Capítulo I: La Verdad sobre el Hombre, Imagen Directriz de la Educación.

1. Imagen del hombre y educación

10. La tarea de educar, como empeño de ayudar al hombre a lograr su plenitud, ha de partir de una **adecuada concepción del hombre como persona en comunidad de personas.**

Esclarecer y justificar esta imagen resulta tanto más imperioso e imprescindible para educar en el mundo de hoy cuanto que, a través de los diversos medios de impacto cultural, se promueven modelos fuertemente atractivos, pero que **alejan al hombre de su ser y su quehacer esenciales.** Tales concepciones del hombre convierten la educación en manipulaciones de diverso signo, o le proponen al hombre visiones positivistas que lo cierran a la trascendencia, lo reducen a categorías de eficiencia y rentabilidad y sólo le ofrecen como meta el egoísmo del placer y del poder (Cf. DP. 304-3 15).

11. Esa imagen del hombre no puede considerarse cabal si no conlleva **el sentido de la vida**, el por qué y el para que del existir. Solo tendrá verdadera eficacia educativa si le permite al hombre **orientar constructivamente el tener, el poder y el saber; si le esclarece el porqué del sufrir y del morir; si le da razones y esperanzas para trabajar, luchar y amar.** Tan sólo entonces el hombre percibirá la prioridad del **hacerse sobre el hacer.**

2. El hombre, proyecto de vida

12. **El hombre no sólo es el único ser de la tierra capaz de proyectos, sino que él mismo es proyecto,** no ya solamente por su innata programación genética, sino también por la riqueza de su espíritu encarnado que tiende a desplegar sus virtualidades. Estas podrán desarrollarse de variadas formas accidentales, pero en lo esencial y profundo han de responder a las auténticas exigencias del



espíritu creado para el bien, la verdad y la belleza. Toda vida tiene un carácter teológico: Lleva en sí un plan y un destino fundamentales que presiden el desarrollo de las virtualidades. A ese proyecto básico, insito por Dios en la naturaleza del ser humano nos referimos al decir que el hombre es un proyecto dinámico.

El hombre se percibe a sí mismo como un ser "llamado a elegir un proyecto de vida en conformidad con su propio ser", por lo tanto "artífice de su destino" (DHC. 13). Concebimos la educación como la tarea personal y comunitaria de llevar a cabo ese proyecto de vida, es decir, **capacitarse para autoconducir y perfeccionar la vida conforme con las exigencias profundas del propio ser y de las llamadas realistas de la hora que le toca vivir.**

13. Proyecto de vida no son pues, las ocurrencias antojadizas con que llenamos el tiempo de la vida, sino **la orientación organizada de los esfuerzos para dar vida a la vida.** Que el hombre sea un esencial proyecto dinámico no significa que su misión sea el activismo, el creatívismo", como si él fuera valioso en la medida en que la sociedad lo juzgue útil, eficiente u original. El dinamismo a que aludimos es esa actividad interior que consiste en tomar conciencia de la realidad, buscar la verdad, reflexionar, elaborar experiencia, brindar amor profundo, crear orden y belleza, meditar, contemplar. Riqueza interior que se traduce a veces en ejecución de actividades, a menudo en el intercambio del diálogo enriquecedor y con frecuencia también en la aceptación del sufrimiento y la quietud ineludibles reconociendo, en ellos un llamado a mayor aprendizaje de interioridad y una más íntima y depurada aproximación a los fines esenciales de la existencia.

14. La imagen del hombre cristiano resulta una imagen maravillosa, misteriosa, con insondables consecuencias para la existencia. Es la imagen de un hombre inmerso en la corriente vital de lo divino con toda una historia en la cual aparece elevado más allá de su naturaleza: **hijo de Dios; caído, redimido y justificado, sellado por el Espíritu Santo que en él habita como en un templo; partícipe del Cuerpo Místico de Cristo y como tal, ungido sacerdote, profeta y rey.**

3. Cuadro de situación del hombre

16. Destaquemos simplemente algunos rasgos de esa marcha de la **humanidad que va pasando de un conjunto de sociedades aisladas a una sociedad cada vez más conectada, pero no por eso más unida y comunicada; más interdependiente, pero no por eso más solidaria. De los estilos de trabajo artesanal pasa vertiginosamente a la tecnología, la electrónica, la informática y la robótica. De una concepción estática de la sociedad, la vida y la historia, a un enfoque dinámico, problematizante, deseoso de intervención transformadora de todo lo dado y preocupada prospectivamente para forjar un futuro mejor.** Y no se trata de meros cambios superficiales, simples diferencias de modalidad. Dichas modificaciones transforman al hombre en profundidad y con **serios riesgos de deterioro y pérdida de verdades y valores, si no asume con lucidez y decisión su autoconducción** en medio de los acontecimientos. Así vemos cómo la mentalidad general que se va formando se **impregna cada vez más de pragmatismo y afán de éxito y eficiencia con empobrecimiento de humanidad.**

17. El debilitamiento de las instituciones como transmisoras de un patrimonio cultural contribuye también a ese desarraigo, desorientación y falta de ideales. Entre ellas, **principalmente la familia y la escuela, se ven sometidas a crisis particulares muy profundas,** internamente en su vida y estructura y externamente en su función formadora para la integración de las nuevas generaciones en la vida social.

18. Paralelamente a los problemas de los nuevos tiempos han surgido fuerzas y ricas posibilidades: el bagaje de experiencia humana y la creciente capacidad de elaborarla, la posibilidad de acceso a las profundidades del psiquismo humano para prestarle ayuda y poner en juego las fuerzas ocultas de sus dinamismos perfectivos, el afán de sinceridad, de autorrealización, **el despertar del sentido de autonomía y libertad, el empeño por intervenir y participar en la vida comunitaria cada vez más estimada y deseada y un retorno a la religiosidad que pueda dar una respuesta a las inquietudes del espíritu.** También merecen ser valoradas y rescatadas, en su riqueza potencial, la mayor gravitación



de la juventud y la mayor presencia de la mujer en todas las manifestaciones de la vida social, política y laboral.

19. Dentro de ese marco general de la cultura de este siglo, nuestros propósitos educativos deben tener en cuenta una mayor aproximación a la realidad que nos toca vivir en el contexto latinoamericano y argentino. Y siempre será prioritario atender al desarrollo integral del hombre que será el mejor modo de proveer hombres para el desarrollo.

4. El hombre en diálogo con su realidad: la educación permanente

20. La educación exige fidelidad al hombre concreto y debe considerarlo en todo momento como un ser en diálogo con su cambiante realidad individual y social. En el diálogo con su realidad cambiante habrá que tener en cuenta la adaptación, el equilibrio, la actualización, el **"aprender a aprender"**. Pero el parámetro definitivo lo constituirá el **"aprender a ser"**.

Capítulo II: Cultura y Educación.

1. La cultura como estilo de vida e identidad de un pueblo

22. Ya en nuestro documento Iglesia y Comunidad Nacional, haciéndonos eco de las palabras de Juan Pablo II, aludimos a la cultura como vínculo de la comunidad reunida por **"una idéntica concepción del hombre y del mundo y por una sola escala de valores que se traduce en actitudes, costumbres e instituciones comunes, constituyendo un pueblo o nación"** (ICN. 77 - Juan Pablo II UNESCO 2-6-80 N° 14), fundamento éste de identidad y soberanía (Idem 78 - Juan Pablo II núm. 14 y 15). En este sentido la cultura es el **patrimonio de bienes y valores de un pueblo, "depósito", "herencia", "expresión", según realizaciones colectivas de aquellos bienes y valores.** En este sentido, toda realización y toda expresión de un pueblo entran dentro de lo que es cultura. **Estas afirmaciones implican un juicio de existencia de ciertas realidades, ayuden o no al hombre a lograr su realización humana. No implican, por lo tanto, un juicio de valor: no califican todo contenido, toda realidad "cultural" como valiosos. Por lo tanto, el manejo del slogan, "respeto a la cultura de un pueblo" es una ambigüedad que debe ser clarificada.**

2. La cultura como cultivo de la vida

23. Fue precisamente el sentido de "cultivar las cualidades específicamente humanas" lo que, en un principio hizo llamar "cultura" al enriquecimiento de lo natural y a la transformación de los estados primitivos que se consideraban incultos. A lo largo de la historia, cada época tuvo ideales o modelos según los valores que en su momento gozaban de mayor estima. Poco a poco se comenzó a ver la cultura como algo correlativo con el progreso y dependiente como él de los descubrimientos de la razón humana. En esta trayectoria la cultura llegó insensiblemente a significar cierto refinamiento y a aparecer como privilegio de algunos, se la vio como la aureola de un cierto elitismo, un cierto "saber para poder" a menudo más impregnado de brillantes apariencias que de auténtica calidad humana. Frente a estas ambigüedades, es necesario proponerse discernir con sinceridad cuál es el sentido de lo humano para que sólo se reconozca como verdadera cultura humanizadora la que condice con la dignidad humana.

3. Cultura y educación: dilema y opción de vida

24. Sin duda nuestro siglo nos ha brindado suficientes razones de admiración y euforia. Pero también nos ha sometido a extrañas paradojas y contradicciones. Más aún, so pretexto de cultura, a menudo entendida como eclosión eufórica de las posibilidades creativas del hombre, pero no como crecimiento, el hombre empobrece su humanidad. Así pues, la cultura se le presenta al hombre como un dilema. Llena de energías creadoras, en creciente apertura a nuevos y maravillosos horizontes, se ve al mismo tiempo amenazada por ambigüedades y antivalores. "cumple entonces a la educación la tarea urgente e insoslayable de rescatar al hombre de esta ambivalencia de la cultura, hacerlo beneficiario de las riquezas latentes en los adelantos de nuestros días. Surge así una función insoslayable de la educación:



la transmisión crítica de la cultura. Ya que el hombre no puede realizarse plenamente como hombre sino a través de la cultura toca a la educación la misión de promover el encuentro del educando con la cultura, o mejor dicho, capacitarlo para su inserción vital, consciente y recreadora en la cultura.

4. Las transformaciones socio-culturales y la revitalización del quehacer educativo.

25. En la mutua relación "educación-cultura" suele darse un desfase: mientras la cultura vive un ritmo acelerado, las tareas educativas marchan a un ritmo retrasado por vivir un tanto ajenas a la realidad cotidiana. Por otro lado, también los intentos de ser "modernos" en la educación, se traducen a veces en la aceptación indiscriminada de todo lo novedoso, brillante y aparente, y en la incorporación de los más actualizados recursos, sin ahondar en la investigación de nuevos y más profundos objetivos para responder a las nuevas y más auténticas aspiraciones del crecimiento humano. Evidentemente el quehacer educativo tiene que renovarse. Pero lo más importante para una revitalización es detectar las legítimas vivencias valorativas y las auténticas líneas de fuerza de las expresiones culturales para ofrecer a las nuevas generaciones mejores posibilidades de desarrollo y madurez.

5. Educación y prospectiva del cambio sociocultural

26. Otra comprobación nos trajeron los últimos decenios con la aceleración de los cambios socioculturales: la inconsistencia de una educación que procura insistir en fórmulas de comportamiento rígidas y permanentes por encima de criterios éticos fundamentales. Se impone una actitud prospectiva, que implica "**educar para el cambio**". Educar para el cambio no quiere decir educar para la indefinición, la volubilidad, la ausencia de compromiso, la búsqueda constante de la novedad insustancial. Educar para el cambio significa dotar de la necesaria apertura para ver e interpretar lo diferente, la aptitud para percibir lo valioso en medio de aquello que lo pueda oscurecer, la indispensable abnegación para abandonar recursos que han perdido validez. En síntesis, desarrollar la capacidad de discernir con sinceridad y firmeza los valores que se han de rescatar y preservar en medio de las vicisitudes de la vida.

6. Educación: cultura para la vida y sabiduría de vida

27. "Todas estas dimensiones de la cultura están íntimamente vinculadas a la sabiduría eterna por la que el hombre asciende de lo visible a lo invisible, y culminan en la adoración del verdadero Dios, Dios, fin último del hombre y meta de la misma cultura. Este ha de ser el camino que recorre el hombre peregrino en busca de la posesión del último fin... Para nosotros, la alianza interior con la sabiduría eterna es el fundamento de toda cultura y del verdadero progreso del hombre. . . el hombre ha de crecer y desarrollarse como hombre en esta alianza. Debe crecer humanidad, es decir, como imagen y semejanza del mismo Dios" (ICN. 49).

Capítulo III: Los Fines de la Educación.

1. Asumir en forma responsable la propia finalidad existencial

28. "El objetivo de toda educación genuina es el de humanizar y personalizar al hombre, sin desviarlo, antes bien, orientándolo eficazmente hacia su fin último que trasciende la finitud esencial del hombre" (DP. 1024). Queremos aquí trazar un perfil concreto y significativo de lo que es "ser hombre" para salvar equívocos y superar subjetivismos, pues de otro modo, nunca lograremos una eficaz imagen conductora de nuestro quehacer educacional. La educación ha de ser personalista: ha de fundarse en una adecuada concepción de la persona, personalizada: ha de estar atenta a la idiosincrasia de cada cual en su singular y original presencia en el mundo. Pero en definitiva, y por definición, ha de ser personalizante, es decir, centrada en promover y llevar a madurez las notas constitutivas de la persona, considerada por supuesto en profunda interacción con otras personas, ya que sin ellas no logra su desarrollo. El logro consistente y definitivo de la educación no puede ser sino el sentido mismo de la vida, el para qué último de la existencia, que es el encuentro plenificante con Dios, del cual venimos y al



cual estamos destinados como Suprema Verdad, Suprema Belleza y Supremo Bien. (Cf. Puebla 1024). Nótese también que cuando se habla de Dios como último fin o se toma como tema el fin último de la existencia, para muchos queda sugerida la imagen de algo se está tratando el por qué y el para qué más importante "ya y en todo momento": se trata de la razón suprema de todo, aquello que por encima de toda otra cuestión hay que salvar y tener en cuenta como determinante insoslayable de toda decisión. Por eso podemos considerar que corresponde a la educación ayudar al hombre a hacerse cargo en forma responsable de su finalidad existencial.

2. Educación y proyecto personal de vida.

Las metas de madurez

29. La educación va muchísimo más allá de la función informativa, más allá de la transmisión cultural y científica. Trasciende los planteos académicos, y piensa en el hombre todo y en todos los hombres como personas y como comunidad. La diversidad de los saberes instrumentales ha de contribuir al bien total de la persona y no ser incorporados de tal modo que le causen deterioro. Pero, ¿cómo estructurar y configurar esa integración armoniosa de los saberes instrumentales y cómo hacerlo en función de algo más allá de un perfeccionamiento narcisista, algo que signifique trascendencia y profundidad? ¿Cuál es la tarea medular de la educación? ¿En qué consiste esa educación como promoción del personal proyecto de vida? ¿Cómo traducir el "aprender a ser"?

30. Lo que caracteriza a la persona es ser una unidad bio-psíquico-espiritual, una presencia consciente y creadora en el mundo, confiada a su libertad y responsabilidad, en medio de otras personas con las que no sólo debe convivir, sino autoconstruirse mediante la interacción con ellas y responder así al llamado de una misión trascendente. En estas características esenciales de la persona está señalado el programa de tareas educativas fundamentales. La persona en cuanto persona lleva en su ser su quehacer fundamental: su programa educativo. Eso es lo que hemos querido expresar al hablar del hombre como esencial proyecto dinámico y de la educación como auto conducción del personal proyecto de vida. Si educar es humanizar, educar es, en ese sentido, divinizar, pues "la humanización del hombre es como un signo y la Epifanía de su divinización" (Sínodo 1974. Cf. L'Osservatore Romano 13-10-74)

31. Sin dejar de tener presente que la persona es una unidad bio-psíquico-espiritual en interacción social y que no admite por tanto considerar en ella sectores separados como comportamientos estancos, ya que cualquier aspecto repercute en todos los otros, consideramos como objetivos educativos fundamentales las metas de madurez de la personalidad en tres grandes dimensiones: Interioridad - Encarnación - Vocación. Y en vistas a tener un, panorama concreto que oriente y sugiera las correspondientes tareas educativas; las analizaremos algo más detenidamente de acuerdo con el siguiente cuadro de referencia:

EL HOMBRE: SU IDENTIDAD Y SENTIDO. METAS DE MADUREZ

a) Interioridad

a.1. Conciencia. El hombre, presencia consciente y creadora; valorante y rectora: ubicarse y orientarse.

a.2. Libertad. El hombre, interioridad libre y responsable: conquistarse y gobernarse.

b) Encarnación

b.1. Corporeidad. El hombre en su condición corporal: aceptarse e integrarse.

b.2. Comunidad. El hombre en su condición comunitaria: comunión y participación.

c) Vocación

c.1. Misión existencial. El hombre, mundo de valores preferidos: proyectarse y donarse.

c.2. Compromiso trascendente. El hombre, vocación de encuentro con Dios: amor y santidad.

a) Interioridad: Conciencia - Libertad



a.1) El hombre, presencia consciente y creadora; valorante y rectora. Ubicarse y orientarse.

32. El hombre es el único ser de la naturaleza capaz de interrogarse. El único que tiene capacidad de problematizar y problematizarse. Vivir como hombre es percatarse de los interrogantes y planteos de la existencia y tener que darles adecuada solución, so pena de sentirse frustrado en sus ansias de autorrealización. La conciencia es una dimensión fundamental de la persona. Aquella por la cual el hombre se rescata del mundo de los objetos y se descubre y actúa como sujeto, fuente responsable de sus acciones. (Cf. GS. 16, DHC. 13). Incluso para encontrarse a sí mismo ha de encontrar el sentido de la vida, descubrir su quehacer en este mundo, para qué está en él con poderes de opción y decisión personales. La conciencia es el órgano del sentido de la vida, del por qué y el para qué del mundo y de la marcha de la historia, el por qué y el para qué del trabajo, del dolor, de la culpa, del amor. Si pues lo que caracteriza al hombre es esta capacidad de presencia consciente ante los datos de la realidad, capacidad de percibir la necesaria modificación de lo dado o de crear algo nuevo; si al mismo tiempo la conciencia moral permite al hombre discernir cuándo su intervención resultará conducente o no a su destino de esta capacidad fundamental del hombre: la conciencia.

33. Surge de aquí la necesidad de cultivar la observación, la apertura a la realidad, la respetuosa actitud contemplativa ante la naturaleza, el criterio para discernir, la actitud sanamente crítica y valorativa, la capacidad de interpretar los hechos y el sentido de los signos de los tiempos. En síntesis, voluntad de verdad y justicia como fidelidad al ser, prudencia como virtud rectora hacia los fines propios de cada cosa: ubicarse.

34. Correlativamente resulta indispensable tener el marco de referencia de una cosmovisión congruente a la luz de la cual surjan claras y rectas convicciones respecto al sentido, valor y uso del poder, de las posesiones, el dinero, la fama, el éxito, el sexo, el ocio, la publicidad, los medios de comunicación social, etc. Tal es el camino hacia una jerarquía de valores y orientaciones de conducta que sirva de base a una opción fundamental en la vida: el paso de la indefinición o ambigüedad a la definición y orientación existencial. De tales confrontaciones surge sin duda la disposición de transformación responsable de la realidad en función de objetivos más humanos y trascendentes, mediante estrategias y acciones igualmente dignas y humanas. En cuanto a esta tarea de hacer tomar conciencia caben desde el punto de vista pedagógico algunas reflexiones que emergen de la experiencia.

35. El momento de la verdad y el modo de conducir a ella forman parte de la verdad. En la comunicación humana, el análisis de la verdad va más allá del mundo del emisor, incluye al receptor y al contexto. No basta estimar que lo que uno dice es verdad. Es necesario tener en cuenta qué habrán de entender, y más aún qué resonancia desencadenará esa comunicación de una realidad. Y cuando con una verdad no se construye comunión, no se está plenamente en la verdad. Hacer concientizar problemáticas que de ningún modo podremos gobernar ni conducir, normalmente no es sino imprudencia, alarde y ostentación de saberlo todo o incapacidad de autogobernarse: a menudo resentimiento, impaciencia y falta de experiencia.

Ayudar a crecer y madurar exige atención al momento oportuno y requiere su tiempo de proceso. Pero esto no es excusa para la dilación. Dejar en la inconsciencia cuando se necesita y se puede provechosamente asumir una realidad para modificarla es traicionar a las personas, los grupos y la sociedad, ya que la toma de conciencia es el primer paso para un proceso de liberación y madurez personal y comunitaria. No permitir la toma de conciencia, no ayudar a lograrla es manipular al ser humano, impedir su desarrollo integral.

36. La educación que suprime el juicio crítico, que no despierta el sano sentido crítico, que no cultiva la creatividad, que se mueve sólo en términos de adaptación a la cultura vigente y observancia de un modelo rígidamente estático de sociedad, no es verdadera educación, sino amaestramiento, domesticación y abuso del dominio de unos sobre otros. Son igualmente manipulaciones las visiones reduccionistas o unidimensionales del hombre y de la sociedad. En efecto, niegan al educando el sentido de la totalidad que nos permite la síntesis y la orientación. Cultivar una personalidad y una sociedad cuya función totalizante sea la economía o la política, o la técnica, como sistema



preponderante y omnipresente, que no deje vislumbrar alternativas, es deformar al hombre. Una familia, una escuela, una institución, centradas exclusiva y excluyentemente en el negocio, el comercio, el arte, el desarrollo científico-técnico, no sólo le niegan al hombre una educación integral, sino que efectivamente lo cercenan, porque además de reducirle el acceso al horizonte de lo humano, lo condicionan estructurando en su mente una deformación que, en mayor o menor escala, le quita plasticidad para la percepción de otras realidades que exigen mayor capacidad de abstracción y trascendencia. Pero también debemos advertir que la lucha obsesiva contra la manipulación o contra cualquier ideología puede terminar a su vez en otro caso de manipulación. Una auténtica actitud liberadora parte de la verdad y del amor que edifican y destierra la ignorancia y el odio que destruyen.

37. La autenticidad como fidelidad al personal proyecto de vida requiere percibir y enfrentarse con la realidad de sí mismo y desde la propia originalidad enfrentarse con la realidad del mundo entorno. Del término "autenticidad" se hace también en el lenguaje corriente un gran abuso y no sin una lamentable consecuencia. Muchos, en efecto, lo hacen sinónimo de espontaneidad, sinceridad, franqueza, y así, so pretexto de rechazar la hipocresía y con el autojustificativo y autoengaño de "autenticidad" se defienden cuando desbordan en explosiones instintivas, exabruptos de impaciencia y falta de tolerancia carencia de criterio para ubicarse en lo que una elemental prudencia exige o una circunstancia requiere y en fin, cuando faltan a la debida consideración a los demás. Nadie está propiciando, por supuesto, el ocultamiento de los vicios y defectos, ni se quiere insinuar tampoco la represión de una sana expresividad.

Se está hablando simplemente de sensatez. Lo que aquí se quiere recalcar es que la expresión "ser auténtico" en realidad significa ser de hecho y de verdad lo que se es de nombre. Y tanto puede emplearse para hacer resaltar una cualidad negativa, como auténtico ladrón, auténtico embustero, como para enfatizar una cualidad positiva como auténtico maestro, auténtico cristiano. Pero cuando se utiliza la expresión "ser auténtico" en forma absoluta y sin más aditamento, ha de aplicarse a lo que todos los hombres son en forma absoluta y esencial, a lo que define su vida como humana. Y entonces resulta auténtico sólo aquel que en su medida vive el empeño de llegar a ser mejor como persona y vivir la vida íntegra que corresponde a la dignidad y plenitud humana.

a.2) El hombre, interioridad libre y responsable. Conquistarse y gobernarse.

38. La autoconciencia, pues, y la toma de conciencia de las situaciones tienen como función principal permitir al hombre disponer de sí para poder optar. Tomar posición personal ante la vida, ser en cierto modo, creador de su mundo, ya que la persona es un mundo en el mundo. Incluso también creador de sí: su mayor obra de arte ha de ser su vida misma. Dijo ya S. Gregorio de Nisa: "Somos en cierto modo padres de nosotros espíritu nos formamos a nosotros mismos, nos engendramos, nos damos a luz" (Homilía sobre el Eclesiastés. GPG. 44-702-03). Y bien está señalarlo, precisamente en esta época en que la insistencia exacerbada de algunos en los condicionamientos del pasado inconsciente y la gravitación de los primeros años de vida sobre todo el curso de ella, parecieran culminar en una doctrina de la irresponsabilidad. Sentirse hombre requiere sentirse dueño de elegir. Sentirse dueño de su hacer. Sólo por el camino de la libertad siente el hombre que la vida es "su vida" y el bien alcanzado un bien realmente personal. Liberar entonces, dar libertad, no es sólo dejar hacer, sino capacitar para hacer y sobre todo, educar para poder ser.

39. La libertad en sí misma no es un fin. Ser libre por serlo, no tiene sentido. Sólo tiene sentido cuando el hombre, a través de ella ordena su existencia hacia un fin trascendente en todos los planos de su vida personal, familiar, ciudadana, religiosa. Hacer de la libertad en sí el fin del hombre es un contrasentido. Estamos ante un dilema: o la libertad es para que el hombre logre ser hombre por decisión personal, o, si la libertad es el fin, que el hombre acepte el absurdo de no tener destino ni sentido: sólo sería libre para ser en definitiva, libre. En realidad, la libertad se logra en una obediencia - un tener en cuenta un mandato existencial- que, en definitiva, coincide con las pautas liberadoras del ser personal. La libertad física se basa en la certeza de los resultados cuando conocemos y secundamos las leyes físicas. La libertad psíquica crece en la medida en que maduramos en autoconciencia y



autogobierno. La libertad moral, la que nos conduce al ser que debemos llegar a ser, crece y se afianza en la medida en que vivimos en la verdad y el amor. Se es libre en la medida en que se descubre y se adhiere al orden ínsito de la naturaleza, es decir a la verdad y al bien. "Libre en realidad, es la persona que modela su conducta responsablemente conforme con las exigencias del bien objetivo" (Juan Pablo II, Homilía Filadelfia 3-1 0-79). Por eso el hombre de hoy necesita educar su libertad, porque en sus ilusiones de libertad, en su anarquía, es también de otro modo, demasiado obediente, sumiso y esclavo. Despreocupado de su orientación, a merced de la instintividad, se somete, sin resistencia ni sana crítica, a cuanta opinión entra en el torrente de la moda, a cuanta teoría pseudo científica aparece, a cuanta concurrencia le sugieran los slogans de publicidad a cuanto modelo de vida asoma en las pantallas, a cuanto "se dice", "se piensa", "se estila". La libertad profunda más que referirse al hacer esto o aquello, se refiere al definirse y disponer el hombre sobre sí mismo (Cf. GS. 17, DP. 322). Es la capacidad de disponer de sí para hacerse a sí mismo en cada elección y ejecución, ya que el hombre al hacer algo se está haciendo a sí mismo. Su acto de libertad toca dos dimensiones: el hacer algo y el hacerse. En aquel "hacer algo" vemos la perfección o imperfección técnica y en el "hacerse" consideramos la perfección o imperfección ética.

40. La educación es el camino para incorporar la libertad al sentido de la vida: No sólo para señalar al hombre las altas finalidades de la existencia, sino para formar hábitos operativos de modo que dichos fines sean fuente de motivaciones auténticas en todo comportamiento. No es educar, entonces, el secundar la ley del menor esfuerzo, el entrenar en la inercia, en la renuncia a toda iniciativa personal, en la supresión de toda intervención comprometida. Antes bien, educar es una ardua tarea para ayudar al hombre a superar sus esclavitudes y sus miedos a la libertad. En última instancia, decir que el hombre es libre significa que es capaz de libertad, pero no que ya la posea. Es en realidad un ser en proceso de autoliberación de pulsiones internas y de presiones externas que lo condicionan. Por eso hablamos de "conquistarse". Porque el logro de los hábitos personalizantes que requiere la libertad constituye aquella tarea existencial que San Pablo comparó con el entrenamiento del atleta (Cf. 1 Cor. 9, 24-27). Llegar a ser dueño de sí es, innegablemente, una conquista. Un análisis de aquella comparación de San Pablo nos mostrará que la abstención, la aceptación de la prueba, la lucha y el dolor no son de carácter negativo, inhibitorio, restrictivo. Contienen una invitación al crecimiento, capacitación para los fines anhelados. Por eso hablamos de "gobernarse", evitando términos que pudieran insinuar represión o mutilación sin sugerir su sentido (contenerse, refrenarse, dominarse). Gobierno es el ordenamiento y canalización finalista de las fuerzas actuantes. El gobierno de sí las reconoce todas y busca encauzarlas de modo personalizante en función de motivaciones válidas.

41. Lo que importa a la educación va más allá de la exterioridad de las conductas, que también puede obtenerse por otros medios no educativos o antieducativos. Importan las razones y motivaciones del obrar, el crecimiento interior de la persona. Por eso la disciplina empleada como mero recurso para evitar desórdenes y molestias, no tiene más alcance que ese sentido utilitario; entendida en cambio como indispensable ejercicio de autogobierno y aporte solidario a la convivencia es una escuela de formación. La verdadera disciplina es el hábito fundamenta para la calidad de vida. Significa poseer pautas, orden y método para el obrar adecuado. Es, en definitiva, educación. El permisivismo omnímodo teórico-práctico postulado por algunos, aparte de desconocer las diferencias entre la psicología y pedagogía de cada edad, es la negación del sentido de la libertad y por lo tanto, es también la ruina de la libertad misma, ya que en vez de concebir la libertad como poder disponer de sí para una misión en la vida le propone al hombre disponerlo todo para sí.

42. Educar en la libertad y para la libertad presupone un sano optimismo y confianza en la bondad de la persona y en la sensatez de los grupos cuando se les sabe proponer valores y caminos a la madurez. Lo cual no significa desconocer las limitaciones de lo humano y la realidad del pecado original. Es precisamente a consecuencia de él, que el ser humano vislumbra en su indigencia la necesidad de la Gracia. El más hondo y profundo sentido de la libertad lo hallamos en el Nuevo Testamento. La libertad es una estructura fundamental de lo cristiano. Es el fruto de la acción salvífica de Dios. San Pablo nos dice: "Han sido llamados a la libertad, pero procuren que esta libertad no sea un pretexto para satisfacer



los deseos carnales: háganse más bien servidores los unos de los otros, por medio del amor (Gal. 5, 13). La libertad de San Pablo es la liberación de la esclavitud del pecado, de la muerte y de yugo de la antigua ley para lanzarnos al dinamismo del amor (Rom. 6, 11.18.22; 8, 2 - Rom. 6, 16-23 Gal. 4, 21-31 - Rom. 7, 24). Una vez más aparece la libertad como disponibilidad de sí para la oblación y donación en el amor. Con él se inserta el hombre solidaria y constructivamente en medio de la comunidad para participar en el destino de la humanidad, sin la cual él tampoco tendría educación. "Cristo nos ha liberado de la servidumbre que nos esclaviza, pero no del servicio que se presta por amor. Si somos libres es para poder amar auténticamente y sólo en el amor se realiza la verdadera libertad". (El Libro del Pueblo de Dios p. 2348).

b) Encarnación: Corporeidad y Comunitariedad

b.1) El hombre en su condición corporal: Aceptarse e integrarse.

43. El hombre emerge dentro de la naturaleza con la dignidad de persona porque el principio vital que lo anima es el espíritu, irreductible a la materia. Mientras el animal comienza y concluye con lo orgánico, el ser humano lo rebalsa de tal modo que lo orgánico pareciera, en cierto modo, una infraestructura preparada en vistas a la tarea del espíritu en su condición humana. Pero el énfasis en el culto de la interioridad puede fácilmente llevar a pedagogías y filosofías deshumanizadas evadidas a menudo de la realidad hasta perderse en los extremos de un idealismo, un angelismo o una formación intelectualista alejada de los compromisos terrenos. La verdad del hombre es también su corporeidad. Frente a la tensión dialéctica (cuerpo-alma), el hombre cede a veces a la tentación de llevar dos vidas paralelas, disociadas, o privilegiar una en detrimento de la otra, sin reconocer la lucha entre los polos de la unidad dialéctica cuerpo-alma. Toca a la educación promover esa armónica integración de las vivencias de la corporeidad y las rectas orientaciones del espíritu. Incluso, desde el punto de vista cristiano, al decir que la gracia supone la naturaleza debemos comprender que abarca también la dimensión corporal. Lograr ese vivir integrado presupone la aceptación de sí mismo: nadie trabaja para modificar lo que no acepta. Aceptar la propia encarnación implica aceptar los condicionamientos orgánicos, el grado de salud y vigor, los problemas de enfermedad, la edad, el propio sexo, la raza, el esquema corporal, el temperamento e incluso las propias virtualidades como responsabilidad operativa. No se trata de una resignación pasiva sino de aceptarse como dato y tarea, o mejor aún, dato y misión existencial. Diríamos que el mayor monto de tarea autoeducativa para el logro de la unificación personal, de la propia identidad y madurez, pasa por este empeño de aceptarse e integrarse.

44. A la luz de estas consideraciones generales hemos de advertir y subsanar deficiencias que presenta nuestra sociedad en cuanto a la educación integral de estos aspectos. Se trata por un lado de salvar omisiones notables en cuanto a una adecuada valoración de la corporeidad y sus diversas expresiones, a los aspectos de la salud, nutrición, higiene, recreación, trabajo y la responsable atención debida a los problemas ecológicos de incidencia en la vida humana. Se trata también por otro lado de salvar los excesos y sobrevaloraciones faltas de sentido y ponderación en cuanto a cuidados y atenciones sofisticados, no ya a la salud, sino a una estética refinada que no deja de ser a menudo evidente signo de superficialidad, falta de criterio y sensatez.

45. Hoy más que nunca la educación ha de tener en cuenta la urgencia de sembrar sanas y firmes convicciones para una adecuada valoración de la vida humana. Se percibe una pérdida de sensibilidad frente al problema: los cuadros de violencia y horror se hacen cotidianos, son frecuentes y flagrantes las violaciones de este derecho fundamental del hombre. Nuevas situaciones creadas por los adelantos de la ciencia y de la técnica ponen sobre el tapete del debate público cuestiones referentes a la vida humana, sobre la cual no se puede opinar con tanta ligereza como suelen hacerlo muchos medios de comunicación social que, lejos de tener un propósito educativo, siembran indiscriminadamente las más falaces ideas sobre contraconcepción, aborto, eutanasia y suicidio.

Evidentemente la vida humana merece criterios de discernimiento que estén más allá del pragmatismo y del hedonismo. La vida corporal no agota el concepto de vida humana y está signada por su destino eterno. Encierra un bien fundamental anterior y superior a todos los bienes materiales y exteriores:



resulta la condición de posibilidad para todo enriquecimiento del espíritu. Por eso merece mucho mayor respeto y atención, aunque no sea el bien supremo, como nos lo confirma el hecho de que consideremos digno y heroico el dar la vida por los demás y por los valores más elevados de la existencia.

46. El sentido de la vida y el sentido de la muerte son correlativos y, aunque parezca paradójico, nuestro sentido de la muerte define más fuertemente nuestro sentido de la vida. La permanente posibilidad de la muerte confiere a cada instante de la vida una especie de valor supremo en cuanto puede ser el último, y en consecuencia nuestra opción por el bien que debemos elegir, no admite dilación. Y así la muerte nos abre a las más hondas perspectivas de la vida como oportunidad urgente para los valores. Toda educación tiene como base una filosofía de vida y por ende, una hermenéutica de la muerte. Otras realidades de la vida que han de ser asumidas, integradas y valoradas con hondo sentido trascendente son el sufrimiento, el dolor, la enfermedad, el deterioro, la invalidez, el fracaso. Están presentes a cada paso en nosotros mismos y en muchos otros a quienes debemos comprender y ayudar. Las situaciones límite son un llamado a la reflexión sobre la verdad profunda de la existencia, un llamado a la búsqueda de una congruente filosofía de vida. Son una enseñanza vital y concreta sobre la jerarquía de valores. Ponen a prueba la humildad, la paciencia, la generosidad, la fe, la esperanza. Son un verdadero test de autenticidad, la hora de la verdad.

47. Igual actitud reflexiva nos merecen otras vivencias de la corporeidad, ya que el puro placer pareciera haber signado las orientaciones de la sociedad actual en detrimento de la misma calidad humana de la vida. Podríamos aludir a varias formas de alienación que alejan al hombre de sí mismo, especialmente a los jóvenes, como el uso poco selectivo y desmedido de la televisión, la pérdida de horas y horas en pasatiempos absorbentes y el verdadero drama de la drogadicción, temas que por su evidencia no requieren mayor esclarecimiento, aunque por su importancia no pueden soslayarse.

48. La problemática sexual ha cobrado énfasis en nuestros días y si bien este hecho ha servido para que algunos ahondaran con provecho en la revaloración de la sexualidad humana, algunos otros entraron en el torrente de la desorientación que en muchos casos al llega hasta la pérdida de las luces del sentido común. La igualdad, atracción y complementariedad de los sexos son en la vida temas de relevante importancia, cuya complejidad y seriedad demanda al educador (padres, maestros, consejeros, etc.) una preparación más específica y esmerada, tanto para superar tabúes e inhibiciones, como para saber contrarrestar el reduccionismo, la superficialidad y la inconsciencia de tantas apreciaciones y enseñanzas perniciosas y degradantes que se presentan hoy día, incluso con engañosa apariencia científica. Es absurdo, contraproducente y antieducativo identificar la educación sexual con los meros aspectos técnicos y científicos sin integrarlos y subordinarlos a los aspectos antropológicos más profundos, como son el papel de la sexualidad en la madurez e integración personal del yo, la apertura al tú y al encuentro interpersonal, la construcción del nosotros, e incluso la proyección hacia el mundo de la trascendencia y la religiosidad. La educación no es la lucha contra el instinto sexual, sino su maduración e integración en las dimensiones totales y totalizantes de la persona. Si la educación ha de ser personalizada, en ningún tema como éste hay mayor exigencia de personalización. En concreto, esto significa que han de tenerse en cuenta la singularidad de los educandos, la peculiaridad de los sexos que también en la educación tienen sus requerimientos particulares, el nivel de madurez y la diversidad de los ámbitos culturales. No tenerlo en cuenta significa, no sólo arriesgarse temerariamente a falsas interpretaciones, sino incluso exacerbar inoportunamente la problemática mucho más allá de lo que el educando puede sobrellevar y elaborar en un determinado momento de la vida.

49. Nos enfrentamos en nuestros días con un problema de serias consecuencias que reclama nuestra atención y responsabilidad. Entendemos referirnos al oleaje de pornografía y otras desviaciones que como negocio incrementan sus actividades sin respeto ni consideración a la dignidad humana y al futuro de nuestra sociedad. Entendemos que no puede subestimarse el problema so pretexto de crisis pasajera de la actual coyuntura, porque también los niños y jóvenes de hoy merecen nuestro esfuerzo educativo. La burla que hoy día se hace del pudor refleja ignorancia de su esencia y función. El pudor ligado a la encarnación del espíritu, es una especie de conciencia vigilante que preserva la dignidad de



la persona como totalidad y el valor de la intimidad para evitar todo aquello que pueda parcializarla indebidamente o degradarla a nivel de un objeto apetecible o útil. De ahí el significado del pudor y su importancia para la construcción del yo y la autoestima como persona. De ahí su valor de gran recurso para la madurez y para la integración vida corporal - vida espiritual, por cuanto el pudor no permite que la interioridad y su encarnación sean disociadas o alienadas. Es un llamado interior a la trascendencia de nuestro destino eterno al superior al vaivén de las pasiones. Esa mirada anticipada de nuestro destino escatológico conforma el marco adecuado para interpretar el sentido en el cual Cristo propone, y la Iglesia promueve la virginidad consagrada. Ella eleva nuestra condición corporal al nivel de homenaje a Dios como ofrenda de fidelidad en un amor indiviso y de testimonio de los valores eternos e incorruptibles en medio de un materialismo que difícilmente llega a comprender este lenguaje. (Cf. Mt.19, 11).

50. Lo que está en juego en los actuales enfrentamientos de las orientaciones educativas de tendencias opuestas sobre estos temas no es una modalidad u otra de vida, sino, en definitiva, el vigor trascendente del espíritu y su misión de regular los impulsos de la corporalidad para que el hombre viva su dignidad de persona. Si por principio renunciamos a que la razón y amor oblativo y maduro, asuman en el hombre la conducción de sus actos, es fácil dimensionar las consecuencias. Así pues lo más alarmante de nuestra situación actual no es tanto que cundan las relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales, el autoerotismo, las prácticas homosexuales y la pornografía, sino sobre todo el que desde las cátedras formales e informales se desprece el pudor, la castidad, la virginidad y la fidelidad como valores. Porque entonces ya no es como otrora que al menos se reconocía, en aquellas actitudes contrarias, una debilidad humana sino que ahora se las justifica y elogia como superación de tabúes, prejuicios o mentalidad precientífica; lo cual obedece a una decadencia del espíritu que parece hubiera perdido visión superior y trascendente. Y si tenemos en cuenta que la corrupción del que debiera ser mejor, es pésima, si los que debieran enseñar han perdido la luz de la mirada, urge buscar el modo con que la educación actual recupere estos valores éticos.

51. Las exigencias de su situación encarnada demandan al hombre asumir otra realidad profunda de la existencia. Al igual que tantas otras situaciones, el trabajo se le presenta al hombre como una propuesta ambigua. Puede aparecer como pesada carga, sin otro sentido que una inevitable condena, o bien mostrarse como fuente de crecimiento interior y de apertura a nuevos horizontes. El trabajo mantendrá normalmente su aspecto áspero de esfuerzo cansancio y limitación, pero aun de esta secuela del pecado original se lo rescata en la concepción cristiana al asumirlo como elemento de redención. No es posible que la educación deje de esclarecer el verdadero por qué y para qué del tener que trabajar. Deberá promover las actitudes básicas que le permitan al hombre asumir el trabajo como factor constructivo de su personalidad y del mejoramiento de la sociedad. Así lo ayudará a rescatarse de la esclavitud la alienación, la amargura y también de la ingenua euforia de un progreso ilusorio que, mientras le brinda bienes y recursos, lo deja humanamente empobrecido.

52. En el trabajo el hombre se vincula al sentido de la vida, se une a los hombres, procura el incremento del bien común y construye comunidad. (Cf. LE. 1 1 y 20) "Cada uno se hace hombre, entre otras cosas, mediante el trabajo y ese hacerse hombre expresa precisamente el fin principal de todo el proceso educativo" (LE. 10) Si bien la familia y el colegio fueron las primeras escuelas de la vida, advertimos claramente que el hombre emprende una definida maduración, autonomía y sentimiento de autorrealización cuando comienza a trabajar. Entonces se descubre más profundamente a sí mismo, toma posesión de sus cualidades creativas y del gobierno de sí, va expresando lo que es y lo que puede llegar a ser.

53. Trabajar es un compromiso de la persona toda que ha de devolver a la sociedad lo que ésta le está brindando mediante el esfuerzo y a menudo el sacrificio de muchos otros que sería ingenuo creer que basta compensar con el dinero. San Pablo nos señala el trabajo como una perentoria obligación: "El que no trabaja, que no coma". (2 Tes. 3, 10) Las dificultades por las que atraviesa nuestra Patria reconocen muy variadas causas que los analistas se encargan de señalar. Pero pocas veces se alude entre otras causas, a la inoperancia, el subterfugio, la incompetencia, el rechazo de lo que exige trabajo,



esfuerzo, constancia y preocupación efectiva por la construcción del país. El trabajo resulta un derecho y un deber. Por eso mismo se ha de buscar que las condiciones del trabajo constituyan también un proceso humanizador.

54. El problema del trabajo está inscripto en el marco más amplio de lo económico-social, que como realidad cotidiana constituye también otra área de tarea educativa en la que debe darse una formación básica a todos los educandos, y no sólo a los que aspiran al ejercicio profesional de las ciencias económicas y sociales.

55. La educación sistemática debiera vivir vínculos de interacción recíproca más profundos con el mundo del trabajo. Debiera además, superar el retardo que impone a la juventud para su ingreso a los procesos madurativos de las exigencias laborales. La imagen de la educación suele estar asociada a libros, aulas y trabajo intelectual, y no suele presentarse en toda su dignidad el trabajo material, ni tampoco el sentido profundo del trabajo inherente al quehacer intelectual. Asimismo suele omitirse destacar las ventajas de un trabajo material como complemento favorable para la salud en medio de tareas intelectuales y el valor que tiene como criterio para poder vivir adecuadamente la realidad. El trabajo, al ser obra de la persona toda, participa de su trascendencia espiritual y puede convertirse en el ofertorio cultural de la vida. Mediante el trabajo el hombre se asocia a la obra creadora de Dios y a la misión redentora de Cristo, y así, a la luz de la fe, el trabajo aparece como alabanza, oblación y redención.

b.2) El hombre en su condición comunitaria. Comunión y participación.

56. La persona humana no puede ser considerada ni tratada tan solo en la dimensión de su individualidad (lo inefable, incomunicable). Resulta indispensable tener en cuenta con igual vigor su dimensión comunitaria como constitutivo intrínseco. Según la expresión del Vaticano II, "El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás". (GS. 12) Es decir, el ser humano es tan profundamente relacional que sus relaciones no son algo que él simplemente tiene; en realidad, las vive y se va autoconfigurando a través de ellas como una de las fuentes primordiales en la construcción de su identidad. Estas consideraciones ponen de manifiesto, una vez más, la realidad y los alcances de la interdependencia de los hombres en lo bueno y en lo malo. La búsqueda del otro y de los otros puede quedar en el plano de la necesaria complementariedad funcional que da origen a la organización política de la sociedad. Pero sólo podemos hablar de comunidad cuando vamos más allá de la función y organización para llegar al trato más o menos profundo de persona a persona en intercambio de calidez humana.

57. La vida de comunidad es la que forma y educa al hombre. Lo enfrenta con la verdad de sí, lo saca de sus vanas ilusiones y falsas autoimágenes porque lo pone a prueba sus pretendidas virtudes y le manifiesta claramente hasta qué punto es en verdad lo que cree ser: lo ayuda a conocerse y reconocerse. Lo saca de su egoísmo porque le demanda continuamente atención al otro, disposición de servicio, comprensión, tolerancia e intervención solidaria. Lo llama a la humildad y al reconocimiento de sus interdependencias hasta descubrir en los otros los acreedores de su gratitud y los destinatarios de sus dones como concreto destino de su ser vocacional. La comunidad constituye un aprendizaje de apertura y madurez porque se requieren muchas condiciones y la superación de numerosas pruebas para llegar a la capacidad de compartir la vida profundamente es compartir la misión de amar.

58. Aquí aparece claramente cómo la sexualidad de la que ya hemos hablado antes desde otro enfoque, no constituye, en el hombre, una realidad autónoma, enquistada en el individuo o la pareja, una mera función biológica, sino que es una compleja dinámica de la persona total y de la misma comunidad humana. La sexualidad, guiada por un camino de madurez, lejos de reducir los horizontes de la vida del hombre al mezquino reducto del egoísmo, aporta significados fundamentales para la comprensión global de la existencia, para la interpretación y armonización de aquellos dos modos fundamentales del existir humano, de aquellos dos modos de ser y de quehacer: varón-mujer.



59. El mundo actual reclama el diálogo, la participación, el trabajo en equipo, la vida en comunidad. Pedimos el diálogo de las generaciones, el diálogo de las culturas y cosmovisiones, los encuentros interdisciplinarios, congresos y entidades internacionales.

60. La educación debe dar una respuesta válida a las adecuadas ansias de diálogo, participación y solidaridad. Ha de hacerlo mediante el esclarecimiento conceptual de una sana filosofía de vida, pues la luz de la inteligencia resulta indispensable para las rectas opciones. Deberá sobre todo descender a las realizaciones concretas del ejercicio participativo. De otro modo, manifestaría una incongruencia en el pensar y el obrar. Una de las claves para promover la interacción enriquecedora consistirá en la adecuación de las estructuras de las instituciones educativas al cambio de estilo requerido por la nueva sensibilidad social y procurar que todas las expresiones de la vida misma de la comunidad educativa no se reduzcan a las relaciones meramente funcionales de lo docente o administrativo, sino llegar a la verdadera calidez de la comunicación humana y el encuentro solidario.

61. Tan solo en ese clima se pueden enseñar y aprender, con eficacia, los valores y las virtudes de la convivencia: la valoración positiva incondicional del otro como persona, como ser humano, más aún como prójimo y como hermano; la comprensión que dicta que "nada de lo humano puede resultarnos ajeno"; la paciencia y la tolerancia, bases indispensables del diálogo pluralista; la aceptación del otro que llega incluso a ver que los demás constituyen un posible "nosotros" y que el adversario no por eso es enemigo, competidor y opositor; la corresponsabilidad y solidaridad, la actitud de servicio, la veracidad, fidelidad y gratitud. Debemos destacar especialmente la preocupación por la justicia social como otro de los signos de nuestro tiempo, preocupación que constituye también para la Iglesia uno de los importantes ejes de su pastoral profética y este sentido cabe recordar el llamado de Puebla: "Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral" (DP. 1134).

62. La estructura comunitaria del hombre no es sino el reflejo de la estructura comunitaria de Dios Uno y Trino a cuya imagen y semejanza el hombre fue creado (no sólo cada uno, sino incluso la humanidad plural) y a cuya Alianza y relación dialogal el hombre está invitado y destinado. Es aquí donde la dimensión comunitaria del hombre tiene su fundamento teológico. Desde el pecado original, todo pecado es ruptura de una comunión con Dios, con los hombres, con las cosas. Es apartamiento, egoísmo. Equivale a no escuchar los reclamos profundos del ser que exige permanecer en la armonía y la unidad. Para su obra redentora, Cristo comenzó por hacerse solidario con nuestra naturaleza; predicó luego la reconciliación, el perdón, la misericordia, la justicia y hasta dejó dicho que da por hecho a El cuanto hagamos a los otros. Pidió que nos amemos, y dio la vida "por la nación, y no solamente por la nación, sino también para congregar en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos". (Jn. 12, 51-52). El hombre recreado en Cristo retorna a Dios a través del Pueblo de Dios, la Iglesia, sacramento de la unidad, unión íntima y profunda que configura el Cuerpo Místico de Cristo. "Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente". (LG. 9) La comunidad de amor es el Proyecto Divino para el cual Dios requiere la corresponsabilidad del hombre y el hombre no madura ni se autorrealiza sino en reciprocidad comunitaria. La comunidad es para el hombre fuente, camino y meta de madurez. Si pues buscamos una síntesis que nos dé la clave sobre la educación del hombre desde la filosofía, la psicología, la sociología y la teología podríamos concluir diciendo que Educar es crear comunidad. Ella está en los fines del proyecto divino y la pedagogía del Señor nos va conduciendo cada vez más a palpar la urgencia de una comunidad de amor.

c) Vocación

c.1) Misión existencial: el hombre, mundo de valores preferidos. Proyectarse y donarse

63. Las decisiones que el hombre debe tomar a cada paso en la vida conllevan la opción por algo favorable o desfavorable para su crecimiento como persona. Aquellos elementos favorables serán verdaderos valores, bienes en sí que resultan constructivos para la persona en su calidad de tal. De otro modo serán antivalores. A través de sus decisiones llegará o no a ser lo que debe ser. Responderá o no



al llamado esencial de la vida, el más profundo: ser hombre y sentirse tal. Todo cuanto contribuya favorablemente a su proceso de humanización o perfeccionamiento como hombre, resultará un verdadero valor, un bien en sí que es bien para la persona, de otro modo será un antivalor. La riqueza de la vida específicamente humana, la madurez de la persona, tiene aquí las medidas para su valoración. La consistencia de la educación descansa en la adecuada disposición para los valores: en el aprendizaje de las relaciones justas y adecuadas con realidades que valen. El enriquecimiento personal no se opera por la simple incorporación de elementos culturales, sino por la decisión consciente de realizar aquellos que se ven como valiosos, es decir, dignos de estima, búsqueda y realización. De este modo, los valores se presentan como imágenes directrices de la conducta. En realidad el secreto de la educación radica en lograr que el educando perciba los valores como respuesta a sus aspiraciones profundas, a sus ansias de vida, de verdad, de bien y de belleza; como camino para su inquietud de llegar a ser.

64. Toda verdadera educación es por lo tanto axiológica, culmina en la posesión vital y realización de valores. Los valores han de fundar y sostener todo proyecto educativo, han de entrar en él como objetivos, contenidos y motivaciones. La educación es tarea prudencial: sabia elección de fines y de medios. La sociedad de hoy, en vez de proponer a los jóvenes que sepan responder a la autoexigencia de crecimiento en los valores, les habla más bien de adaptación, los acepta en la medida de su sumisión a las figuras y costumbres de turno. Se promueve así el descanso en la mediocridad, en la ley del menor esfuerzo, en el manejo del dato superficial, el slogan, la moda, la vida placentera. En lo accidental puede haber muchos modos de ser muchos estilos de vida, pero en lo esencial y profundo en la confrontación con los valores, no existe un estilo de vida neutro o indiferente. Se vive en el valor o en el antivalor. Se vive con sentido o sin sentido. El mundo de valores que cada cual prefiere configura su vocación y se convierte en uno de los perfiles más significativos de su identidad.

65. Las circunstancias concretas de la vida llama a cada cual a realizar los valores esenciales a través de mil variadas formas que constituyen su vocación de estado de vida y su vocación profesional. En realidad uno sigue los valores, no en abstracto sino encarnados en otras personas a las cuales trata de promover y ayudar a ser. Como bienes que son, los valores tienden a la difusión de sí, de modo que no sólo sacan al hombre del enclaustramiento egoísta sino que también lo mueven a proyectarse, a producir en el mundo huellas de su imagen y semejanza. Lo moverán finalmente a donarse a sí mismo, porque el amor es la única actitud que confiere dignidad humana a toda otra actitud para con las personas. De acuerdo con estos criterios, una orientación profesional de los educandos forma parte esencial de la tarea educativa. Se les debe a todos en profundidad y seriedad. La familia, la escuela, la sociedad tienen el deber de crear condiciones cada vez mejores para que cada cual pueda descubrir y realizar el llamado de sus responsabilidades vocacionales. Habrá de tener en cuenta no sólo las inclinaciones, aptitudes y dinámica profunda de la personalidad de cada cual, sino también las urgencias del entorno a que nos debemos. La vocación como servicio a la comunidad ha de ser una de las líneas de fuerza de toda educación. En medio del individualismo, materialismo y exitismo inmediato que tanto caracteriza al mundo de hoy, urge rescatar el sentido social, ético y trascendente de toda vocación.

66. Para el cristiano estos llamados vocacionales lo llevan a interpretar la vida como misión y a organizarla en base al llamado fundamental que lo convoca a la fe y al Reino de Dios. "Dios llama a todos los hombres y a cada hombre a la fe y, por la fe, a ingresar en el pueblo de Dios mediante el bautismo. Esta llamada por el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, a que seamos pueblo suyo, es llamada a la COMUNION Y PARTICIPACION en la misión y vida de la Iglesia y, por lo tanto, en la Evangelización del mundo". (Puebla 852). "Todos los cristianos, según el designio divino, debemos realizarnos como hombres –VOCACION HUMANA- y como cristianos, viviendo nuestro bautismo en lo que tiene de llamada a la santidad (comunidad y cooperación con Dios), a ser miembros activos de la Comunidad y a dar testimonio del Reino (comunidad y cooperación con los demás) -VOCACION CRISTIANA- y debemos descubrir la vocación concreta (laical, de vida consagrada o ministerial jerárquica) que nos permita hacer nuestra aportación específica a la construcción del Reino -VOCACION



CRISTIANA ESPECIFICA-. De este modo, cumpliremos, plena y orgánicamente, nuestra misión evangelizadora". (Puebla 854)

c.2) Compromiso trascendente. El hombre vocación de encuentro con Dios. Amor y santidad.

67. Hablar de educación integral y decir que ha de tener en cuenta además el desarrollo de las tendencias religiosas del ser humano requiere todavía una precisión. Lo religioso, en efecto, no es un elemento más, un añadido. Tampoco basta considerar lo religioso como un valor importante e indispensable. La plenitud de la vida sólo puede darse cuando se la vive interpretada unitariamente en torno a Dios como principio fundante de todo y el fin que reorienta hacia sí todos los fines intermedios. Tanto la filosofía como la antropología pedagógica procuran encontrar y transmitir una visión congruente del mundo y de la vida. En ella aparece toda la naturaleza orientada hacia el hombre. La reflexión sobre las ansias infinitas de este ser finito nos muestra que todas ellas nacen de una interna ordenación dinámica hacia Dios como su causa y su fin último.

68. Es también por eso que el impulso trascendente lo puede llevar al hombre a la idolatría, cuando no es capaz de descubrir al verdadero Dios. Y es entonces cuando tampoco se descubre y reordena a sí mismo (Cf. Puebla 185). El ateísmo moderno no reconoce su adoración de los ídolos, actitud que por paradoja nos confirma la imperiosa urgencia de la religión. "Los vacíos religiosos dejados por corrientes secularistas, y que es causa de ignorancia religiosa, tienden a ser llenados hoy por ídolos que el hombre se inventa. Vemos así cómo se dan entre nosotros lo que Puebla llamó las idolatrías del sexo, del poder y de la riqueza, sustitutivos de la adoración del Dios verdadero, que constituye la auténtica religiosidad natural del hombre". (DHC. 138). Si educar es ayudar al hombre para que descubra la clave profunda de su ser y su destino y colaborar para que pueda darle una respuesta responsable, la educación más verdadera y profunda es la que trabaja como pedagogía del sentido de Dios.

69. Muchos viven sinceramente preocupados por los males que afligen a la humanidad y tratan empeñosamente de curarlos, pero no podrán saciar una sed de infinitud mientras sigan construyendo antropologías y pedagogías que no centren al hombre en Dios. Una educación liberadora no es la que se debate en sacudir yugos sin saber por qué constituyen una opresión, ni en qué consiste la verdadera libertad ni cómo evitar caer en otro género de esclavitud queriendo salir de la primera. ". . . La Iglesia está plenamente convencida de que toda liberación temporal, toda liberación política...lleva dentro de sí misma el germen de su propia negación y decae el ideal que ella misma se propone, desde el momento en que sus motivaciones profundas no son las de la justicia en la caridad, la fuerza interior que la mueve no entraña una dimensión verdaderamente espiritual y su objetivo final no es la salvación y la felicidad en Dios" (Evangelii Nuntiandi, 35). ". . . He aquí la palabra liberadora por excelencia: "Al Señor Dios adorarás, sólo a Él darás culto". La caída de los ídolos restituye al hombre su campo esencial de libertad. Dios, libre por excelencia, quiere entrar en diálogo con un ser libre, capaz de hacer sus opciones y ejercer sus responsabilidades individualmente y en comunidad. Hay, pues, una historia humana que aunque tiene consistencia propia, su autonomía, está llamada a ser consagrada por el hombre a Dios. La verdadera liberación, en efecto, libera de una opresión para poder acceder a un bien superior". (DP. 491).

70. Así pues, todo proyecto personal de vida y todo proyecto comunitario que quiera coincidir con la verdad más profunda debe admitir que, aunque no lo haya vislumbrado, el compromiso con Dios está presente como fundamento y destino de todo otro compromiso, y que el hombre mismo lo reconoce cuando invoca a Dios como testigo de sus juramentos. Esa presencia de Dios en el hombre, en el mundo y en la historia, ese ser más íntimo al hombre que el hombre mismo, como diría San Agustín, es aquel camino que le permite al hombre encontrarse a sí mismo cuando lo encuentra a Dios. Porque Dios es su vocación clave y definitiva. Por eso no es de extrañar que se defina como meta última de la educación la semejanza con Dios, cuando ya los griegos lo habían percibido como la tarea del perfeccionamiento humano.

71. En la concepción bíblica ese llamado a la santidad reviste además el sentido de homenaje de la propia vida a la Augusta Majestad de Dios. "Ustedes serán santos porque yo, el Señor su Dios, soy



santo" (Lev. 19, 2). "Por lo tanto sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo" (Mt. 5, 48); ". . . y nos ha elegido en El, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia por el amor" (Ef. 1, 4). "La voluntad de Dios es que sean santos" (1 Tes. 4, 3) y como un eco de estas enseñanzas el Concilio Vaticano II dedica el cap. quinto de la Constitución Lumen Gentium a la "Universal vocación a la santidad en la Iglesia". La peregrinación interior del hombre para "llegar a ser" es la peregrinación del hombre hacia Dios por el camino de las virtudes teologales. Ser personas de fe, esperanza y caridad. Ser comunidades de fe, esperanza y caridad. Esto es algo que incluye para el cristiano, el reconocimiento de la acción salvífico educativa de Dios a cuya iniciativa amorosa el hombre ha de brindar una respuesta por amor ayudado con su gracia.

72. También el paganismo ha tenido un lenguaje análogo como cuando Platón en el libro de Las Leyes llama a Dios "el educador supremo del género humano". Pero la dimensión cristiana de estas expresiones es muchísimo más profunda porque nos ubica en el orden de la Gracia. El cristiano reconoce un único maestro que tiene su cátedra en la profundidad de los corazones (Cf. San Agustín, De Magistro). En cuanto a ustedes no se hagan llamar "maestro" porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos" (Mt. 23,8). Dios aparece en la Escritura como un Padre que educará a su hijo hasta la muerte (Cf. Prov. 3, 11; Heb. 12, 5-11, Ap. 3, 19).

Entre los Santos Padres, Ireneo de Lyon concibe las relaciones entre Dios y el hombre como relaciones esencialmente educativas. Clemente de Alejandría representa a Cristo como divino educador, pedagogo, aunque en sentido distinto del término usado por S. Pablo. Según Orígenes, Cristo es el supremo maestro del hombre y los acontecimientos de la historia bíblica y la profana constituyen la pedagogía de Dios. San Gregorio Niseno recurre a una expresión llamativa para las citas bíblicas: "el profeta Isaías nos educa: . . .", "el apóstol nos educa cuando dice... "

73. Y la actitud madura en el encuentro con este Divino Maestro no puede ser otra que buscar y hacer su voluntad. La meta de la madurez cristiana es Cristo (... hasta que todos lleguemos. . . al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo - Ef. 4, 13) y Cristo sintetiza la clave de su vida en la obediencia al Padre: "Aquí estoy, yo vengo. . . para hacer, Dios, tu voluntad" (Heb. 10, 7). Esa voluntad divina se centra en el único y fundamental precepto de amor para cuyo cumplimiento Él se hace presente en nosotros por medio de su Espíritu. "Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo" (LG. 41).

3. En el proyecto comunitario de vida:

74. La comunidad como tal es un nuevo ser distinto de la sumatoria de sus componentes. Tiene también ella su peculiar carácter y, por lo tanto, desde un punto de vista pedagógico no basta tener en cuenta el proyecto personal de vida de cada uno de los integrantes, es necesario enfocar la educación de la comunidad en cuanto comunidad. También ella tiene que tener su trayecto y sus objetivos educativos. Toda comunidad debe dar una respuesta viva a las necesidades básicas que busca todo hombre en el seno de los grupos: un clima de verdad, justicia aceptación y afecto y sentido de presencia valiosa en el seno de las comunidades más amplias. Por eso debe cultivar explícitamente una conciencia lúcida de su identidad y misión, hondas relaciones personales enriquecedoras por el intercambio de vida y experiencia, y debe crear un clima propicio para la participación corresponsable que lleve a sus integrantes a una mayor madurez. Se reconoce una comunidad como madura cuando se muestra coherente con sus objetivos plenamente compartidos; integrada por la aceptación mutua; organizada en la distribución de funciones y roles; solidaria en la preocupación servicial; corresponsable en esfuerzos concertados; testimonial en su mística vivida.

75. La sensibilidad del hombre de hoy espera de nuestra pedagogía importantes tareas en torno a la integración, el diálogo y la educación para la participación partiendo de la realidad de lo que somos hoy como sociedad. Se han de promover los encuentros interpersonales enriquecedores, la ejercitación



grupales, el asociacionismo en sus diversas manifestaciones, el voluntariado, la superación de las barreras que dificultan el mutuo entendimiento, y sobre todo, hacer eficaz el compromiso en la construcción de una comunidad mejor mediante la comunicación de los propios dones y bienes de modo que la abundancia de los unos ayude a la carencia de los otros. La problemática que en el campo educativo se presenta a veces al querer alentar la participación nos lleva a considerar que ella tiene sus presupuestos. Convocar a la participación requiere tener claro discernimiento y capacidad de promoción de los procesos participativos y de la conducción de los grandes cambios. Actualmente es éste un tema que cuenta sobradamente con ciencia y experiencia, investigado y conocido por las ciencias de la conducta; cosa que decimos no para retardar la participación, sino para hacer un llamado a promoverla con seriedad y sensatez porque a menudo el descuido de ciertos principios genera situaciones regresivas. Por un lado convocar a la participación y no educar para la participación es convocar al caos. Convocar a la participación confusa, ambigua, ni aporta soluciones ni es educativo y hasta puede ser una imprudencia. Por otro lado, convocar a la participación y no brindar adecuadas organizaciones participativas, es una burla manipuladora, lo mismo que no tener en el fondo actitudes favorables para que cuanto antes se establezca un clima participativo. Urge entonces educar para la participación, tarea que requiere en los educadores sinceridad, confianza y capacitación para la conducción.

76. Enseñar a participar y crear un clima participativo tiene sus exigencias:

a) toda participación requiere en primer término comulgar con las finalidades institucionales y objetivos fundamentales del grupo al cual se pertenece (principio de coherencia y adhesión) En el caso de las comunidades educativas equivale a compartir la imagen del hombre que se desea alcanzar, el proyecto de vida de la comunidad educativa en que se interviene; cosas todas que han de quedar expresadas con claridad en el ideario básico que se propone a todos los integrantes de la comunidad educativa para que efectivamente lo conozcan y tomen conciencia de sus alcances.

b) De este principio se deduce otro principio, el de convergencia, según el cual todas las acciones y actividades de todos han de plantearse y realizarse en la perspectiva del proyecto común convocante. Tanto el principio de coherencia como el de convergencia, plantean a las escuelas caóticas el problema de esclarecer a todos el sentido de su participación en la comunidad educativa católica y, sobre todo, cómo educar para que, sin perder su identidad, participen en un mundo pluralista.

c) La raíz de la convivencia es el principio de solidaridad, que vincula todas las unidades horizontal y verticalmente. Este es el camino de la unidad en la pluralidad, de la comunicación entre los distintos niveles, y de la colaboración a pesar de las diferencias.

d) Se ha de lograr por vía de comprensión, adecuadas motivaciones y el convencimiento moral, que el compromiso fundamental sea asumido responsable y corresponsablemente por cada uno de los participantes como persona individual y por el todo como persona moral solidaria. Compromiso que, evidentemente guarda proporción con el grado de preparación, de madurez, de cargo y función asignada y de la competencia específica de cada uno.

e) En la participación rige el principio de subsidiariedad, según el cual lo que puede hacer correctamente un hombre, un grupo o una organización inferior, no debe usurparlo un organismo superior. El principio de subsidiariedad es consecuencia del principio de promoción de la autonomía y autodeterminación de las personas.

f) Estos principios no invalidan el principio de jerarquía, pues simplemente reconocen y propugnan niveles de competencia y distinción de funciones, asignando a cada cual su cuota de responsabilidad en forma de cascada múltiple de delegación y descentralización fructífera.

g) La participación es algo que, por muchas razones, urge implementar en la sociedad de hoy. Pero no como algo que se decreta, sino como un estilo de vida que se va formando a través de un arduo proceso de aprendizaje compartido desde la familia y la escuela y que sigue el principio de gradualidad o de cambios progresivos con todos los pasos de sensibilización, formación, capacitación, conducción y evaluación permanente hacia las metas deseables.

77. El compromiso fundamental y la solidaridad llevan implícita una nota de autenticidad, entendiéndolo por ella, una búsqueda honesta del crecimiento humano en libertad y corresponsabilidad.



Dicha autenticidad reclama en unos, sincero y eficaz deseo de llegar cuanto antes al proceso participativo, sin convertir las dificultades en pretexto para no cambiar el "statu quo"; y en otros excluye absolutamente todo reclamo de participación como pretexto. Para crear poderes paralelos y, peor aún, para socavar las instituciones, manipulando sus bases desde fuera. El pluralismo y el dinamismo que caracterizan cada vez más a nuestra sociedad, hacen que resulte inadecuado proponer modelos fijos y universales de participación. De tal modo, cada comunidad educativa ha de buscar las formas concretas más viables y adecuadas a su situación particular.

a. Hacia la Comunidad educativa

78. Así como quien se preocupa por elevarse ha de procurar elevar su ambiente, porque es innegable la influencia que él ejerce y los límites que impone, del mismo modo, quien educa ha de procurar que también los demás integren los esfuerzos en un mismo sentido. Queremos destacar ahora la importancia de la congruencia total del ambiente, el alcance que tiene el que sea una totalidad coherente la que educa. Primero porque es doloroso para el que educa y un esfuerzo muy amargo ver cómo pone a sus educandos en una situación de dobles mensajes: los suyos y los del ambiente, en los cuales se diluyen los esfuerzos educativos; y en segundo término, considerar las consecuencias para la salud psíquica de los integrantes de una comunidad al vivir en este clima. Esto nos plantea la necesidad de precisar el concepto de comunidad educativa. Con los términos "comunidad educativa" se suele aludir a la escuela como "conjunto de estamentos -alumnos, padres, profesores, entidad promotora y personal no docente - relacionados entre sí" (El laico católico, 22). Pero simultáneamente se dice que el concepto de comunidad educativa no se agota en la escuela (Cf. laico católico, 22 - Puebla 1023 y 1048). Podríamos entonces entender que este concepto funciona en dos instancias: la escuela y el municipio o ciudad. Evidentemente por la especificidad de su misión, la escuela desempeña un papel medular, y cuanto se dice de la comunidad educativa se aplica a ella con mayor estrictez. Pero es preciso no perder de vista la adecuada integración de todas las fuerzas vivas de una comunidad le convivencia. Todos están convocados. Por eso Puebla nos propone: "Estimular la comunidad civil en todos sus sectores para cual es necesario instaurar un diálogo franco y receptivo, a fin de que asuma sus responsabilidades educativas y logre transformarse, junto con sus instituciones y recursos, en una auténtica ciudad educativa" (D.P. 1048).

79. Esta convocatoria a la Ciudad para que vele por sí misma es un llamado a resguardar y promover su propia identidad. Toda comunidad se funda en un proyecto de vida en común, y si el alma del proyecto de vida es el conjunto de valores amado y buscado y la educación, el camino de estas realizaciones, surge evidente el íntimo vínculo que une la comunidad y el hecho educativo. No les pediremos a todas las comunidades de persona que sean educativas intencionalmente en todas sus actividades, pero sí que traten de crear un ambiente y aportar elementos propicios para la educación, mantener alejado lo que es antieducativo. Hecha esta salvedad nada obsta, al contrario, es de recomendar a cada sociedad la realización de acciones institucionalmente educativas. Todo esto tiene aplicación desde el nivel familiar. Por eso Puebla, entre todas las sugerencias pastorales, pone en primer término este llamado a los padres: "Fomentar, en unión con los agentes de pastoral familiar, la responsabilidad de la familia, especialmente de los padres, en todos los aspectos del proceso educativo". (D. 1039)

80. Tres ejes fundamentales para una comunidad educativa en sentido amplio están dados por el ideario común, los objetivos y la promoción de la participación individual y personal. Entendemos por ideario, sobre todo el proyecto hombre que se busca realizar y que da sentido a toda labor educativa. Ofrece una clara definición de los fines fundamentales y de él surgen objetivos o metas concretas, inmediatas y evaluables que orientan las planificaciones.

b. Hacia la Civilización del Amor

81. El vivir del hombre es, en realidad, un convivir. La imagen del hombre que ha de orientar su educación deberá, en consecuencia, incluir, junto con un adecuado perfil de la persona individual, el



modelo de sociedad a que se aspira. Por otro lado, la transmisión crítica de la cultura y el compromiso de una toma de conciencia para la intervención transformadora, no pueden darse sin un perfil ideal de sociedad que se alce como meta y como criterio de las acciones. Sólo será una sociedad a la medida de la dignidad del hombre, aquella en que todos y cada uno puedan sentir que son tenidos en cuenta y respetados como personas. No, donde se los tiene como un simple número más; no, donde se los manipula como un objeto útil o se los aprecia sólo por cualidades parciales o funciones que puedan desempeñar. Para la dignidad humana de la persona sólo cabe la actitud del amor o toda otra actitud que tenga el amor como respaldo. Porque, en definitiva, sólo el amor reconoce al otro como un semejante con todas las consecuencias que de ello se derivan. En ese reconocimiento se basa la aceptación incondicional de los derechos del hombre. El amor cristiano ve, además, al otro como hermano. Más aún, como epifanía de Cristo mismo, que da por hecho a sí cuanto hacemos a los demás. Por eso hablamos en síntesis de "la civilización del amor". Pablo VI definió ese estilo de vida como "aquel conjunto de condiciones morales, civiles, económicas, que permiten a la vida una posibilidad mejor de existencia, una racional plenitud, un feliz destino eterno" (Pablo VI, 31-12-75).

El fundamento es, sin duda, la bondad de los corazones; pero ésta debe llegar a traducirse en la justicia de las estructuras y en el mutuo brindarse de los propios bienes y talentos en actitud de servicio.

82. La importancia y la riqueza de este tema quedan reflejadas en el reciente documento de la C.E.A. "Los jóvenes y la Civilización del Amor en la Argentina". Vale la pena evocar su línea fundamental, que constituye un verdadero programa educativo para fundar nuestra nueva convivencia en el amor del hombre por el hombre. Son signos de 1a civilización del Amor: El SI al hombre y a la dignidad de su vida. El SI a la libertad, la verdad, la justicia y la paz. El SI al trabajo, la familia y la fe. La primacía de la persona sobre todo poder o proyecto. La primacía de la ética sobre la técnica. La primacía de lo trascendente. La búsqueda de una nueva sabiduría: la del amor. También conviene destacar aquí el alto valor educativo que encierra el movimiento ecuménico de la Iglesia para el aprendizaje de la convivencia en el mundo pluralista de hoy. El cristianismo, en sus albores, trazó una imagen ejemplar de sociedad inspirada en el amor: "Todos lo creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y era queridos por todo el pueblo". (Hechos 2, 44-47). Esa fe y ese estilo de vida produjeron el mayor cambio en el rumbo de la historia, porque tuvieron el poder de transformar interiormente al hombre, clave indispensable para la transformación de la sociedad.

Capítulo IV: El Encuentro Educativo.

1. La relación interpersonal y el clima comunitario

83. Mientras en otras épocas se privilegiaban como factor preponderante los contenidos, los programas, luego el buen profesor, y finalmente el protagonismo del alumno como interviniente activo y creador, hoy día se llama la atención sobre la relación dialógica de todos esos factores, pero se subraya sobre todo el valor de la relación misma educador-educando. En este sentido cobran mayor importancia la relación, la comunicación, el diálogo, la intersubjetividad, el encuentro educador-educando, con toda aquella profundidad que le han dado a estas palabras la antropología filosófica y la psicología relacional. Debemos considerar también la necesidad del diálogo de los educadores entre sí y el de los educandos entre sus pares. No es el caso de pormenorizar aquí tan ricos aportes, pero sí llamar la atención sobre lo poco que se los tiene en cuenta al planificar y evaluar el proceso educativo, y sobre todo., al formar a los educadores llamados por vocación a ser los hombres del diálogo y del enriquecimiento experiencial de vida.

84. La relación educador-educando constituye una relación vital: es intercambio de vida y por lo tanto de riqueza interior. Vitalizante: debe vigorizar, animar a vivir en plenitud, llevar al crecimiento y autorrealización. Pero es evidente que para eso el educador debe estar viendo en el educando un hombre con toda su riqueza potencial y no un ser que cumple un mero ciclo biológico. Para este arco de



la vida que se mide por los años basta la generación y la nutrición. Para la vida del espíritu, que es lo específico del hombre, resulta esencial la educación como "encuentro de interioridades". Por eso la educación es deber y derecho de los padres como responsables de dar vida. Por eso también los educadores profesionales participan de una función paterna con todas las exigencias del amor, madurez y donación que conlleva esa paternidad en el espíritu. La relación educador-educando es una relación que debe dar respuesta a las necesidades básicas del ser humano: seguridad, afecto, reconocimiento, posibilidad de crecimiento y realización, pero sobre todo, debe dar orientación y sentido de la vida que son las razones específicas del encuentro educativo.

85. El "encuentro educativo" requiere la aceptación mutua: sólo así se puede lograr la posibilidad de cooperación y dilección que conjuga los esfuerzos de unos y otros en busca de las altas finalidades educativas y permite superar la frecuente situación de dos bandos en pugna, no siempre notoria, pero en el fondo existente. Porque en realidad todo encuentro profundamente humano y vitalmente comprometido resulta al mismo tiempo conflictivo por la exigencia de abnegación, de renuncia de los propios egoísmos y enclaustramientos. El encuentro conlleva la negación de sí en el así de hoy, para ser algo nuevo y mejor; provoca un cuestionamiento interior por esa oposición dialéctica que invita al cambio necesario para la madurez personal. Lo que se ha de buscar entonces es que ese trasfondo conflictivo no sea el carácter dominante de las relaciones interpersonales, sino que todo se lo asuma en el amor, comprensión y entendimiento. Resultaría antieducativo pretender que todo sea perfecta coincidencia, conformismo para ganar adeptos y coro de simpatías, convirtiendo la relación educativa en falso compañerismo y en complicidad. Un juego de mutuas adaptaciones para no chocar pero sin criterios orientadores ni metas que lograr. No se puede promover la personalización teniendo como criterios educativos contentar a las masas y evitar las demandas propias de toda superación.

El encuentro educativo es el espacio donde cada persona es al mismo tiempo un todo singular como persona (un yo) y parte de un sistema total (un nosotros) que no quedan complacidos en la mutua aceptación de esa vivencia, sino que se sienten por ella misma estimulados y urgidos a ser mejores.

86. Aunque el encuentro educativo pueda tener notas de amistad, compañerismo, en última instancia no es una relación entre pares. En cada momento determinado, uno es el que asume el educar y otro el educarse. Por eso mismo el educador aparece como persona de autoridad en el sentido etimológico de la palabra: "el que nutre y hace crecer" (auctoritas, de augere). Autoridad era, en los orígenes, el hombre de consejo, de respaldo moral, el asesor. Más tarde se unió con la figura del poder, del mando y la imposición. La mayor sensibilidad de hoy frente a la dignidad y los derechos de la persona, las ansias de libertad, el espíritu crítico y a menudo contestatario, conforma, con otras causas, un clima que hace más difícil el ejercicio de la libertad. Por otro lado cobra cada vez mayor vigencia el principio según el cual el obrar bien ha de ser fruto de convicciones y no de imposiciones. Todo esto no significa que quienes detentan autoridad en la familia, en los centros educativos, en las instituciones y el gobierno, queden liberados de ejercerla, antes bien, esta crisis de nuestro siglo constituye otro llamado hacia una mayor verdad de las cosas: una compaginación de los derechos y de las funciones en el campo de las relaciones interpersonales y un efectivo respaldo moral en el ejercicio de la autoridad como servicio a la comunidad. Este consiste en promoverla y conducirla haciendo surgir personalidades vigorosas, capaces de autoconducción bien orientada; más que dar órdenes, ha de lograr orden y concierto de las libertades auténticas; más que exigir, ha de sembrar profundas convicciones y auténticas motivaciones de vida.

Por eso resulta cada vez más evidente que "dirigir es educar" y "educar es dirigir", procurar que todo educando descubra, formule y sepa autoconducir su personal proyecto de vida. Resulta imprescindible recuperar el prestigio moral de la autoridad y saber ejercerla con el nuevo estilo exigido por la madurez de los tiempos. Como no estará de más recordar la enseñanza del Divino Maestro: "Jesús los llamó y les dijo: Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga esclavo" (Mt. 20, 25-26).



2. El educador: ser hombre para ayudar a ser hombres

87. Consciente de su papel coprotagonico con el educando, el educador vive por vocación la urgencia de autoeducarse. Pero ese perfeccionamiento permanente se asume e una perspectiva madura como un llegar a ser cada vez mejor para servir mejor a los otros, que en la ruta interior de su llegar a ser necesitan un clima de riqueza e valores del espíritu. Se educa más por lo que se es que por aquello que se dice y que se hace. El educador percibe así que su personalidad es el instrumento privilegiado para su tarea educativa. Pero su noble función es al mismo tiempo la de ser humilde y necesaria presencia, catalizadora para la eclosión de la personalidad de los otros. Por eso en este caso la palabra educador no es mero adjetivo añadido a la persona, sino propio de una personalidad rica en valores. No es mera asistencia funcional, sino presencia humana personalizante. Por eso mismo su profesión es una vocación vital, integradora de todas sus facetas personales en un compromiso de donación de sí. Le toca saber prudentemente "desvivirse" para que otros vivan. Tal es el amor pedagógico.

No hace falta recordar aquí todo cuanto hemos dicho sobre las metas de la madurez y que ya hemos señalado como tarea del educador sobre sí mismo para poder promoverlas en sus educandos. Pero al recordarlo, resulta evidente que no puede ser un buen educador quien se conforma con ser mediocre.

88. El educador es persona portadora de un mensaje: trasluce en sus palabras y en sus obras no la imagen de un custodio de leyes opresoras, sino la figura señera portadora de valores eternos y un mensaje de salvación y de vida. Persona de prospectiva y de horizontes amplios. Presencia testimonial de verdades difíciles y valores arduos por los cuales vale la pena luchar y vivir. Por lo tanto, aparecerá comprometido con sus convicciones, aunque no imponiéndolas; definido en un estilo de vida ético, aunque abierto a la comprensión de la debilidad humana y los procesos personales, pero nunca ambiguo o emisor de mensajes contradictorios. Acepta el mundo y la historia no como lamentables realidades irreversibles, sino como tarea confiada a su esperanza creadora para un nuevo proyecto histórico responsable. Capaz de percibir las necesidades y problemas de la comunidad y aportar soluciones más que inmediatistas, promotoras de mayor humanidad. Animador, coordinador, buen comunicador, sabio y prudente promotor de cambios.

89. Diversos documentos de la Iglesia han tratado ya la figura del educador. Sólo cabe evocar la visión del documento "El laico católico, testigo de la fe en la escuela " donde al recordarle al educador cristiano su compromiso bautismal entronca el ejercicio de su misión educativa con la misión de sacerdote, profeta y rey.

90. Los mismos años de formación profesional para esta misión requieren mucho más que superar lecciones y exámenes de las materias y unas prácticas de docencia. Se trata de adquirir un nuevo estilo de presencia animadora de la comunidad para que dicha comunidad resulte educativa. Y mientras otras profesiones exigen una actualización periódica consistente sobre todo en la adquisición de nuevas técnicas, la tarea de educar requiere además y principalmente una reelaboración y ampliación de la experiencia de vida ante los nuevos horizontes que asoman a medida que se avanza en los años cuando se tiene una mirada atenta al devenir humano.

Con las debidas proporciones se han de tener en cuenta estos criterios para acompañar a los padres de familia en su difícil y cada vez más compleja tarea de educar ya que también para ellos asoma llena de permanentes desafíos.

91. Sin duda la situación socioeconómica de los docentes no es propicia para el florecimiento de maestros y profesores, por eso no está demás advertir a la sociedad sobre este problema que está en sus propias raíces, comprometiendo los frutos de los cuales tanto se queja. Pero más grave es comprobar que por necesidad o por buscar un complemento a sus ingresos, también muchos asumen puestos, funciones y tareas educativas sin ninguna vocación ni preparación pedagógica.

3. El educando: actitud y proyecto de plenitud

92. Educador y educando se hallan comprometidos en una tarea común, recíproca y complementaria, pero "se encuentran" con dificultad Ya que dan por sobreentendido que tienen que



hacer, y para qué han de hacerlo; qué tienen que buscar juntos y por qué y cómo. Ante una encuesta sobre las expectativas recíprocas y la tarea común no dejarían de sorprendernos las respuestas. Y sin embargo nadie puede asumir tareas sin tener un claro perfil de las mismas y sin normas claras y precisas que le permitan saber qué es lo que de él esperan los demás.

Sin duda se le brindan al educando muchas orientaciones educativas en forma ocasional, cosa que por supuesto está bien, pero normalmente nunca se lo convoca al análisis de su quehacer como educando y menos aún a la visión organizada e integral de su tarea como auto conducción del proyecto personal de vida.

También hablamos del educando como protagonista, pero no se lo suele invitar claramente a que asuma ese papel, y si se lo invita, falta aún que se lo esclarezca y que las estructuras y las modalidades educativas lo pongan en la necesidad de asumirlo. Evidentemente esta concepción educativa exige una renovación de la escuela y una reforma muy importante en la preparación de los educadores, un replanteo profundo de la relación educador-educando.

De algún modo debe percibir el educando que es miembro activo de un empeño común (familiar, escolar, ciudadano) tendiente a un claro objetivo de convivencia más elevada, pero que, en los intentos educativos, se lo reconoce a él como protagonista por cuanto se organiza todo para que él lo sea: nadie vivirá por él su crecimiento como persona. Por eso lo principal no está en las cosas, sino allá en su interioridad: sus vivencias y elaboración de experiencias, sus actitudes, sus valores y proyectos existenciales. De ahí que la misión del educador en esta nueva perspectiva se traduzca principalmente en el esclarecimiento y propuesta de valores personalizantes nutridos con fuertes motivaciones auténticas, la creación de situaciones propicias para su aprendizaje, la invitación al ejercicio de la participación corresponsable y finalmente el acompañamiento testimonial cálido que brota del amor.

Parte III. Misión Educativo-Pastoral de la Iglesia.

Capítulo I: Educación y Evangelización.

1. Evangelización de la cultura. Misión de la Iglesia.

142. La Iglesia realizó desde sus comienzos esfuerzos múltiples y generalizados por promover la educación humana y cristiana entre todas las gentes, consciente de que debía atender la vida integral del hombre, incluso la material (1). Por eso puede considerársela educadora de pueblos, misión que ella ha seguido clarificando en este siglo al meditar sobre la evangelización de las culturas (2).

La idea cristiana de la educación se deriva de la luz que la Revelación hecha sobre el hombre - depositario del don divino de la vida - y llamado por Dios al - destino final de una vida plena - y sobre la sociedad, en la cual el hombre se humaniza o se destruye (3). Esta idea se traduce en proyectos educativos concretos abarcando los principios fundamentales de la persona y de la sociedad, y a la vez de las circunstancias reales de los hombres y de las culturas. Los cambios históricos de la pastoral educativa se establecen con el discernimiento de esas circunstancias desde los criterios de la fe.

La cultura es recibida en herencia y transformada por el interactuar de los hombres. Ya en el seno de la familia comienza esta dinámica de recepción creativa que luego la educación sistemática continúa. Tal como lo vive la Iglesia, el apostolado educativo asume la tarea cultural de transmisión y creatividad desde la visión del Evangelio. Por lo tanto la educación, actividad humana del orden de la cultura, es encarada por la Iglesia como educación evangelizadora (4). Contribuye a la conversión del hombre total por la participación en el misterio de Cristo-resucitado (5). Como se afirma en el documento de Puebla: "Esta educación evangelizadora deberá reunir, entre otras, las siguientes características:

- a) Humanizar y personalizar al hombre para crear en él el lugar donde pueda revelarse y ser escuchada la Buena Nueva: el designio salvífico del Padre en Cristo y su Iglesia.
- b) Integrarse al proceso social latinoamericano impregnado por una cultura radicalmente cristiana en la cual, sin embargo, coexisten valores y antivalores, luces y sombras y, por lo tanto, necesita ser constantemente reevangelizada.



c) Ejercer la función crítica propia de la verdadera educación, procurando regenerar permanentemente, desde el ángulo de la educación, las pautas culturales y las normas de interacción social que posibiliten la creación de una nueva sociedad, verdaderamente participativa y fraterna, es decir, educación para la justicia.

d) Convertir al educando en sujeto, no sólo de su propio desarrollo, sino también al servicio del desarrollo de la comunidad" (6).

143. La Iglesia, en cumplimiento de la misión encomendada por su divino Fundador, se hace presente en la elaboración de la cultura nacional con su aporte propio: la evangelización. La visión cristiana de la persona humana y de la vida le hace ver en el corazón de la cultura - los valores que la conforman - un núcleo central referido a lo religioso (7). Por la misión recibida, el Pueblo de Dios pretende llegar a ese núcleo, iluminarlo y vivificarlo desde el Evangelio y desde allí abrazar al conjunto de la cultura, tanto en sus aspectos positivos para enaltecerlos como los negativos (antivalores) para superarlos.

Con este espíritu de evangelización la Iglesia encara el quehacer educativo en todas sus formas. Lleva una propuesta respetuosa de la libertad del hombre y de la idiosincrasia de los pueblos.

144. La cultura de un pueblo puede sufrir envilecimientos. A fin de obviarlos, la evangelización intenta llegar a la raíz de la cultura tanto para preservar los valores perennes cuanto para potenciar su dinamismo de enriquecimiento. Además, la evangelización busca ámbitos de libertad que, lejos de violentar las conciencias, faciliten la búsqueda sincera de la verdad. Del cristianismo nace la capacidad de una leal y respetuosa colaboración entre miembros de distintas creencias religiosas y también entre aquellos que no reconocen la divinidad.

A pesar de las innumerables asechanzas que dividen a los hombres y a las naciones atentando contra el bien de la paz, germina hoy una cultura mundial que, apoyándose en las diversas culturas de los pueblos, tiende a unificar a la humanidad. Educar para la paz consiste hoy en cultivar, paralelamente a la propia cultura regional y nacional, esa cultura universal, basándola en la persuasión de fe de que Dios creó a la humanidad para ser una. Nuestro siglo, y más el milenio que se avecina, podrá ver la consolidación de la cultura universal, a la que los cristianos están llamados a evangelizar especialmente por la tarea educativa en sus múltiples formas.

2. Evangelizar educando: síntesis de fe y cultura

145. Parte integrante de la misión evangelizadora de la Iglesia es educar al hombre: "Cuando la Iglesia evangeliza y logra la conversión del hombre, también lo educa, pues la salvación (don divino y gratuito) lejos de deshumanizar al hombre lo perfecciona y ennoblece; lo hace crecer en humanidad. La evangelización es, en este sentido, educación. Sin embargo, la educación en cuanto tal no pertenece al contenido esencial de la evangelización sino más bien a su contenido integral" (8). Puesto que para educar no ha de perderse de vista la situación concreta e histórica del hombre, la Iglesia educadora debe tender a la síntesis entre fe y cultura, o sea, propiciar los valores que constituyen el núcleo de la cultura asumidos y realzados desde la fe de una manera profunda, sólida y duradera. Por eso en el Documento de Puebla se afirma que "el educador cristiano desempeña una misión humana y evangelizadora; las instituciones educativas de la Iglesia reciben un mandato de la jerarquía" (9). Respetando lo positivo de la cultura (como por ejemplo, el saber sistemático), la educación católica promueve constantemente esa síntesis en quienes enseñan y en quienes aprenden, esperando alcanzar así no sólo a los individuos sino también a las sociedades. El factor principal de esta educación evangelizadora es el maestro. A él le corresponde buscar la verdad y el bien con absoluto respeto a las personas y a la realidad para hacer en sí mismo la síntesis de fe y cultura que luego ayudará a plasmar en los otros. No es tanto en los objetos transmisores de cultura cuanto en los corazones de los hombres donde se realiza la síntesis de fe y cultura, de fe y vida.

3. Cultura religiosa y educación de la fe en un mundo pluralista

146. La mayor conciencia de libertad de elección del hombre contemporáneo lo lleva, más que en otras épocas, a sentirse dueño de sus decisiones políticas sociales y religiosas. Esta situación de hecho



lleva al pluralismo que, aunque no siempre deseable, es una realidad del mundo actual que la educación ha de tener en cuenta. En el caso de nuestra patria debemos reconocer que, a pesar de la fuerte presencia de valores religiosos, vivimos en un mundo pluralista. Por eso los cristianos y principalmente los educadores de la fe debieran ser constantes, alertas y decididos en el apostolado evangelizador, especialmente el catequístico (eje de la educación católica), y a la vez delicadamente respetuoso de la conciencia de cada persona a la que debe interpelar pero jamás violentar. La fe requiere siempre la adhesión libre y consciente del hombre a Dios.

En los distintos ámbitos de la educación cristiana, como ser la familia, la parroquia, la escuela, etc., se desarrolla una auténtica formación religiosa que no se detiene en la mera instrucción. Esta sólo comprendería una limitada información, mientras que la educación católica pretende favorecer actitudes libremente asumidas, es decir, pretende el bien mayor de la formación cristiana integral. Tales actitudes implican un conocimiento doctrinal sistemático capaz de tamizar crítica y creativamente la cultura, como asimismo un compromiso eficaz en la Iglesia y en la sociedad civil. La formación así entendida busca la síntesis dinámica entre cultura religiosa y cultura profana (10). Quienes procuran esta madurez formativa sobresalen por el don de sí a Jesús en la Iglesia y por el testimonio público de su fe, respetuoso e incansable, ante quienes por sus opciones religiosas y vitales divergentes conforman la sociedad plural. Extienden así la Redención a la cultura asumiéndola, purificándola y elevándola.

4. Catequesis y educación. Madurez humana y madurez cristiana

147. La educación de la fe por la catequesis es intento esencial de la tarea educativa cristiana (11). Todo empeño formativo, ya sea con niños, ya con jóvenes o con adultos, necesita discernir el tiempo suficiente y el modo adecuado de realizar la catequesis, adaptada esmeradamente a la cultura y al momento evolutivo de las personas.

Los niños y jóvenes han de ser orientados por la educación y la catequesis para un futuro responsable. La madurez humana está íntimamente ligada a la madurez cristiana, aunque no se confunden. Mientras que el desarrollo armónico de la personalidad define la madurez humana, la catequesis apunta a la madurez más profunda de la fe, la esperanza y la caridad alimentadas por el anuncio del evangelio, la vida sacramental y el compromiso apostólico. La seducción de caminos aparentemente fáciles pero ajenos a la auténtica madurez cristiana ha de ser contrarrestada por una educación donde la catequesis ocupe el lugar preeminente que le corresponde. La aceptación de muchos valores cristianos, hecho típico de nuestros pueblos americanos, aun cuando muchas veces sólo existan debilitados y mezclados con antivalores, es un factor coadyuvante para que la educación católica alcance a formar personalidades cristianamente fuertes y maduras. Tal realidad nos urge a todos, Pastores, catequistas y educadores, a un incesante esfuerzo por comprender mejor la cultura en la que nosotros, los educandos y sus familias vivimos y a la que enriquecemos con sano espíritu crítico y constructivo.

Capítulo III: Opciones y Prioridades.

1. Opción por los pobres

165. Las carencias espirituales, morales, culturales y materiales que lesionan la integridad y dignidad de la vida humana producen el terrible fenómeno de la pobreza inhumana, ante la cual el educador cristiano no queda indiferente. La opción preferencial por los pobres, no exclusiva ni excluyente, de la cual ampliamente habla el documento de Puebla, se ha de expresar en gestos testimoniales concretos (26). Debemos apuntar a que la escuela católica sobresalga por el amor y comprensión con que todos, sin excepción, son recibidos. En la misma línea, es importante encarar una sólida preparación y actualización de toda la comunidad educativa en la doctrina social de la Iglesia que capacite para comprometerse en tareas para una sociedad más justa. (27).

La comunidad educativa debe entender y apreciar con amor la cultura de los pobres, y desde esta afectuosa comprensión realizar las adaptaciones pedagógicas que faciliten el diálogo pastoral en un auténtico encuentro personal. Las escuelas que se sepan con un prestigio derivado no tanto de la integridad de su ascendiente cristiano cuanto del nivel socioeconómico de los sectores participantes,



han de procurar una suave y firme mentalización evangélica de la comunidad educativa para que todos busquen y manifiesten el único prestigio valioso para el cristiano, el de una incommovible fidelidad a Cristo y a su Iglesia y el de la apertura, por amor al Señor, a todos los hombres, y particularmente a los pobres y marginados.

2. Prioridad juventud

166. Las entidades educativas, en especial los institutos terciarios y las universidades, asuman como propia la evangelización de los jóvenes, en coordinación con otras entidades eclesiales, de forma que aporten toda su capacidad a la "prioridad juventud" asumida por la Iglesia en la Argentina que hace suya la opción preferencial de Puebla (28). Ello hará imprescindible el empeño en desplegar una intensa pastoral educativa que sea ajustada a las modalidades propias de cada institución con la oportuna y adecuada apertura para que puedan ser lugar de encuentro y evangelización de otros jóvenes, aunque no sean los propios alumnos.

Hay institutos que por su experiencia y capacidad pueden prestar un firme apoyo a las actividades del mismo género de las parroquias u otras entidades de apostolado, tanto para la formación de dirigentes laicos cuanto para la ejecución de planes pastorales conjuntos.

Las escuelas forman la comunidad educativa con muchos padres y ex alumnos jóvenes que por su edad son enteramente parte de la "prioridad juventud": se trata de un sector que ha de ser cultivado con particular esmero y creatividad por las otras familias y exalumnos. La coordinación pastoral encontrará en este trabajo una ocasión donde el diálogo, los planes conjuntos y la evaluación periódica presentan un interesante desafío.

4. Formación de dirigentes católicos

168. La educación católica ha de iluminar a los laicos en sus responsabilidades específicas. En efecto, toca a ellos la transformación de las estructuras sociales para que imperen el amor y la justicia entre todos los hombres según el designio de Dios. Son los laicos quienes han de llevar el espíritu evangélico a las actividades políticas, económicas, sindicales, etc.; son ellos a quienes corresponde por vocación propia insertar la vitalidad del Evangelio en el mundo temporal. La conciencia esmeradamente formada por la pastoral educativa munirá al laico del sentido de su accionar en estos serios momentos de la Patria y el mundo.

Se ha de cultivar en los laicos particularmente una exquisita sensibilidad en lo que concierne a dos problemas cruciales del mundo contemporáneo: la promoción de los derechos fundamentales de la persona y la educación para la paz. Ya que toca asimismo a los seglares unidos por el lazo del matrimonio una función social en cuanto familias que "debe manifestarse también en forma de intervención política, es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes e instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y deberes de la familia" (30), la educación católica ha de esmerarse en ayudar a los padres en este rumbo y a los hijos en la preparación para cuando llegue la hora de su compromiso de adultos.

Conclusión.

"Yo he venido para que tengan Vida" En medio de una cultura que permite al hombre multiplicar aceleradamente sus poderosos medios, pero que, al mismo tiempo, lo mantiene alejado de sus fines trascendentes, adquieren nueva resonancia aquellas palabras del Evangelio: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?" (Mt. 16, 26).

El mundo de hoy percibe con claridad y dolor que está en juego su destino. Junto con la imperiosa urgencia de alejar las pendientes amenazas de destrucción, experimenta la fuerte necesidad de profundos cambios que le permitan una vida más humana. Tal vez el beneficio que pueda recabar de la crisis generalizada y el cuestionamiento total en que se debate sea el retorno a la búsqueda de lo esencial, el retorno hacia la profundidad del misterio de su ser y su quehacer en el mundo.



Aquí está para la educación el mayor desafío: recuperar al hombre. Ayudarlo a encontrarse y descubrir su vocación esencial; capacitarlo para asumir el protagonismo de los cambios necesarios y afianzar en la vida la fidelidad a la verdad y a la justicia para lograr una mejor convivencia en el amor y la paz.

Por nuestra parte, los argentinos nos hallamos abocados a la búsqueda de soluciones para los arduos problemas que aquejan a nuestra sociedad, y es evidente que las soluciones profundas no se improvisan ni se salvan con arreglos de superficie. Requieren su tiempo de gestación y largo proceso de maduración, que sólo puede darlo una actitud de formación permanente. Decimos a este propósito: " La renovación de la sociedad argentina no puede ser fruto de un mero ordenamiento formal, mecánico y abstracto, sino que ha de echar raíces en la vitalidad de actitudes morales, que den profundidad, aliento y permanencia a las instituciones" (D.H.C. 2).

Aunque las inquietudes asomen en los niveles de la economía, la justicia y la política, el esfuerzo para las verdaderas transformaciones saludables ha de centrarse en el plano de esa lenta y nada aparente tarea que llamamos educación.

Urge la investigación de nuestra realidad, el análisis de nuestros métodos educativos, los contenidos, procesos y resultados para que, a la luz de la ciencia y la experiencia, sepamos revitalizar nuestro quehacer educativo.

Pero el ser humano, lejos de ser un calculable problema que la ciencia y la técnica puedan resolver, es, definitivamente, un misterio que, aun en el plano meramente humano, sólo puede avanzar en la vida asumiendo permanentes compromisos de fe y esperanza en aquellas causas y personas que le ofrezcan garantías. Por eso, llegados a este punto crucial para nuestras opciones definitivas, repetimos con San Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn. 6, 68).

Hoy, que en la prensa, la radio, la televisión, el cine y las canciones se escucha la voz de tantos pretendidos maestros de vida, resuenan con mayor énfasis aquellas palabras de San Pablo: "Llegará el tiempo en que los hombres no soportarán más la sana doctrina; por el contrario, llevados por sus inclinaciones, se procurarán una multitud de maestros que les halaguen los oídos, y se apartarán de la verdad para escuchar cosas fantasiosas" (II Tim. 4, 3-4) ¿Quién como Cristo puede garantizar a los hombres y a los pueblos la verdad de la vida y la felicidad en la marcha a su destino?

La cultura de nuestros días, tan maravillosa por cierto, pero sin duda tan ambivalente, requiere con urgencia, para poder elevar al hombre, ser impregnada con los valores del Evangelio. Así lo siente la Iglesia que, en consecuencia, se propone, entre las prioridades de su acción pastoral, la evangelización de la cultura. Y pues la transmisión crítica y valorativa de la cultura se da a través de la educación, no cabe duda de que una de sus grandes y próximas tareas haya de consistir en evangelizar la educación. La evangelización de la cultura encontrará en el quehacer educativo uno de sus mejores cauces. Indudablemente la proximidad del Tercer Milenio de nuestra era cristiana y el Quinto Centenario de la Evangelización de América Latina constituyen un llamado a una valiente revisión de vida y sería convergencia de los esfuerzos en la tarea educativa inspirada en la doctrina redentora de Cristo.

Toca a todo cristiano, y en forma particular a los educadores y colegios católicos, asumir la responsabilidad de su específica presencia en medio de la comunidad, con los claros perfiles de aquel Divino Maestro que quiso que sus discípulos fueran "la sal de la tierra y la luz del mundo" (Cf. Mt. 5, 13-14). Confiar en la eficacia de su doctrina como respuesta a las esperanzas de la hora presente es nuestra mayor expresión de fe en aquellas palabras de Cristo: "Ustedes me llaman Maestro y Señor; y tienen razón, porque lo soy" (Jn. 13, 13).

Mientras el hombre, que tanto anhela una plenitud de vida, no profundice en la verdadera raíz de sus problemas, tampoco percibirá que tiene en Cristo, el Hombre Nuevo, la fuente de luz y de vida. Porque Cristo no es sólo el Maestro, sino la clave misma del sentido de todo lo creado, en quien Dios quiso recapitularlo todo. Es la Palabra de Dios en Persona "y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron" (Jn. I, 3-5).



Por eso la Iglesia, servidora del hombre, siente la urgencia de evangelizar la cultura como el cumplimiento de aquella misión que Jesucristo, Señor de la historia, nos ha confiado: "Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos" (Mt. 28, 19).

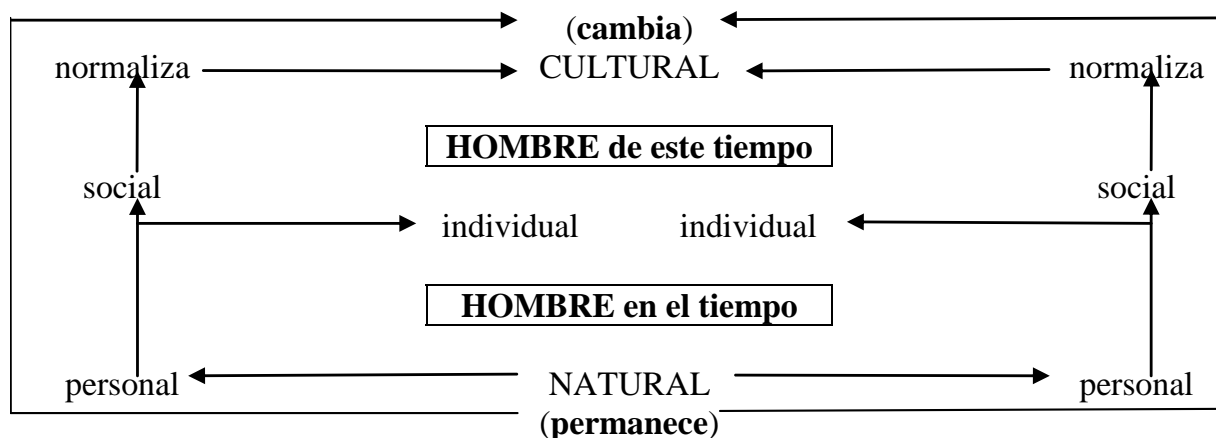
"El misterio del hombre sólo se esclarece en Cristo" (R.H. 8). "La civilización, incluso la más refinada y experta, no resiste al verdadero, fuerte y coherente amor del hombre por el hombre, si Cristo no nos enseña quién es el hombre y por qué se lo debe amar". (Pablo VI. 10-I 1-76).

De ahí que esa Civilización del Amor, que tanto necesitamos y exige tan profunda y ardua transformación de los corazones, sólo pueda provenir de un retorno al Evangelio de Cristo. La civilización del Amor, forma parte también del Reino de los Cielos, Reino de justicia, de amor y de paz. La pedimos también en la oración de Jesús al decir "Venga a nosotros tu Reino", pero debemos, además, construirla en la vida cotidiana conforme con el modelo divino de la Trinidad, que es comunidad de amor. "El Reino de Dios está cerca, conviértanse y crean en la Buena Noticia". (Mc. 1, 15).

Para una educación que responda a lo que es el hombre como proyecto de vida, no queda otro sendero que retornar a aquel Dios que se hizo hombre para revelar al hombre su verdadera identidad, su vocación y misión en la vida; retomar a aquella Verdad viva, trascendente, también histórica y a la vez contemporánea de todos los hombres, que sintetizó su misión entre nosotros diciendo: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia". (Jn. 10, 10).

Buenos Aires, 24 de julio de 1985 Fiesta de San Francisco Solano

Cuadros borrador de R. Estévez:



Jesucristo en el tiempo

0070 Paleocristianos en las Catacumbas	0200 En Álava – Iruna - Veleia	1100 Cristo Majestad	1250 Mosaico Baptisterio S Giovanni Cristo Giudice	1500 Juez final Miguel Angel Buonaroti	1700 Santísimo Cristo de escuela genovesa

“Puede parecer extraño si comenzamos afirmando que no existe una cultura cristiana, ya que es muy común usar esta expresión para indicar toda una mentalidad y una manera concreta de desenvolverse en la vida. Sin embargo, si aclaramos que más bien existen culturas cristianizadas, podemos llegar a un punto de acuerdo.

Mario Ángel Flores Ramos, **“CULTURACRISTIANA”**, México



La educación parece ser cada vez más difícil

Ciudad del Vaticano, 30 Ene. 08 (AICA)

En una carta, fechada el 21 de enero, dirigida a la diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación, Benedicto XVI pasa revista a los problemas más agudos de la educación, especialmente la transmisión de valores, y propone alternativas para responder a la creciente desesperanza de padres y profesores.

La educación, dice el Papa, "parece ser cada vez más difícil. Por eso, se habla de una gran 'emergencia educativa', debido a que a menudo nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a la propia vida terminan en fracasos".

Además, agrega, "se habla de una 'fractura entre las generaciones', que ciertamente existe y pesa, pero que es el efecto, más que la causa, de la falta de transmisión de certezas y de valores".

Entre los padres y profesores existe, dice el Papa, "la tentación de renunciar" a la educación "y sobre todo el riesgo de no comprender ni siquiera cuál es su papel. En realidad, existe una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, y en último término, de la bondad de la vida".

Frente a todas estas dificultades, "que no son insuperables", añade el Santo Padre, "¡no teman!". "Los valores más grandes del pasado no pueden ser simplemente heredados; debemos hacerlos propios y renovarlos a través de una decisión personal, que a menudo es costosa".

"Sin embargo -continúa la carta del Papa-, cuando se tambalean los fundamentos y faltan las certezas esenciales, aquellos valores se necesitan de modo urgente. Concretamente, hoy aumenta la exigencia de una educación que sea realmente tal". La piden los padres y muchos profesores, "la sociedad en su conjunto, los mismos chicos y jóvenes, que no quieren que se los abandone frente a los desafíos de la vida".

Después de resaltar que "puede ser útil individuar algunas exigencias comunes de una auténtica educación", Benedicto XVI señala que "ésta necesita sobre todo de la cercanía y de la confianza que nacen del amor". "Sería, por tanto, pobre una educación que se limitase a dar nociones e informaciones, pero que dejase a un lado la gran cuestión acerca de la verdad, sobre todo aquella verdad que puede guiar nuestra vida".

El Papa afirma que el punto más delicado de la tarea educativa es "encontrar un justo equilibrio entre la libertad y la disciplina", y explica que "la relación educativa es ante todo el encuentro entre dos libertades y la educación lograda es una formación al uso correcto de la libertad".

"Debemos aceptar el riesgo de la libertad, permaneciendo siempre atentos a ayudar a los jóvenes a corregir ideas o decisiones equivocadas", agrega.

"La educación no puede prescindir del prestigio que hace creíble el ejercicio de la autoridad, que se conquista sobre todo con la coherencia de la propia vida", dice el Papa, y subraya cuán "decisivo es el sentido de responsabilidad, en primer lugar personal, si bien hay una responsabilidad que todos compartimos".

En este sentido, Benedicto XVI observa que "la orientación general de la sociedad en que vivimos y



la imagen que transmite en los medios de comunicación ejercen un gran influjo en la formación de las nuevas generaciones, para bien pero a menudo también para mal", y recuerda que "la sociedad no es, sin embargo, una abstracción; la formamos nosotros".

Por último, el Santo Padre se refiere al tema de su última encíclica, la esperanza, como "alma de la educación" y señala que "hoy nuestra esperanza se ve amenazada por distintas partes y corremos el peligro de convertirnos, como los antiguos paganos, en seres humanos 'sin esperanza y sin Dios en este mundo'".

"En las raíces de la educación hay una crisis de confianza en la vida. La esperanza que apunta a Dios no es nunca esperanza solo para sí mismo, es siempre esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y el amor", concluye la carta.+